

Algunos  
delitos mínimos  
Carolina Álvarez



COLECCIÓN CONTINENTES

# Algunos delitos mínimos



Carolina Álvarez Arocha

# Algunos delitos mínimos



1.<sup>a</sup> edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

*Algunos delitos mínimos*

© Carolina Álvarez Arocha

DIAGRAMACIÓN:

Odalís C. Vargas B.

IMAGEN DE PORTADA:

*Acrobats at the Cirque Fernando* (Francisca and Angelina Wartenberg),

1879. Pierre-Auguste Renoir, Óleo sobre tela, 131.2 × 99.2 cm.

Instituto de Arte de Chicago

DISEÑO DE PORTADA:

Greisy Letelier

CORRECCIÓN:

Nagdy Guevara

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,

urbanización El Silencio, municipio Libertador,

Apartado Postal 1010, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 482.8989

[www.monteavila.gob.ve](http://www.monteavila.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL N.° DC2022001593

ISBN 978-980-01-2345-4

El ojo del delito nos ilumina  
Todos llevamos por dentro el delito.  
Algunos disfrutan aplazándolo  
Otros aguardan a que madure  
la idea de cómo perpetrarlo  
y salir ileso del intento  
Otros meditan a diario sobre la suerte que correrían  
de ser descubiertos.  
Y otros piensan que el éxito en el ensayo  
haría de ellos seres excepcionales.  
La mayoría, sin embargo, sabe de sobra  
que no haberlo cometido es la causa  
por la que no duermen tranquilos.

JUAN CALZADILLA





Primera parte  
Personajes



Oigo el aullar del perro y el lamento del lobo.  
El trote desbocado del tiempo y el caballo  
del recuerdo nos pisa, ni siquiera un harapo  
de quien fuimos, y el hielo nos cubre copo a copo.

MARIA-MERCÈ MARÇAL



# Maigualida

Hay dos tipos de malos recuerdos. Por un lado, están aquellos que nos devuelven a nuestros errores, nuestras pequeñas infracciones. Esas escenas que hubieran tenido otro resultado de no haber obrado como lo hicimos. Ya sabes, el día que compraste el objeto más barato, en lugar de buscar la calidad. El día que diste una respuesta tonta, cuando la ocasión demandaba inteligencia o suspicacia; o aquel micromalentendido que se volvió una maraña y al final fue imposible enmendar. Esos detalles vuelven y vuelven a fastidiarnos y tratamos de sacudirlos como el mosquito que nos atormenta con su vuelo cerca de la oreja.

Pero hay otro tipo de malos recuerdos, esos que permanecen agazapados. Solo salen a la luz de pronto, gracias a un detonante que los llama. Son como el juego del escondite, cuando el compañero grita «¡Un, dos, tres, Fulana!», y entonces Fulana tiene que salir corriendo a librarse.

Así le pasó a Maigualida, cuando ayer, después de dejar a los niños en la escuela, vio a Martín. Sí, su primo Martín estaba en la esquina de la escuela, en la parada de autobús, al

otro lado de la acera. Hacía más de diez años que no lo veía. Al verlo sintió miedo, rabia, náuseas, todo junto.

Esa noche no pudo dejar que su pareja la tocara. El marido se sorprendió un poco, pero no insistió.

¿Cuánto tiempo había pasado desde aquel incidente? ¿Veinte, treinta años tal vez? No quiso recordar los detalles. Su cerebro rechazó el recuerdo. Pero su cuerpo no pudo, y haberlo visto ahí, hizo que se le descompusiera algo por dentro.

Martín era hijo de la tía Cristina, hermana mayor de su papá. Allá, por los años 50, la tía había enviudado joven, quedó con seis niños. Por suerte, su esposo tenía dinero y ella podía arreglárselas bien para vivir de las rentas.

Tía Cristina pensó que una forma de lograr que el dinero le rindiera era vivir en un país que tuviera una moneda donde el cambio le fuera favorable y terminó estableciéndose con su prole en España.

Todo este asunto de la partida de la tía Cristina había ocurrido años antes de que Maigualida naciera.

Martín era el mayor de los hermanos y fue el primero en regresar a Venezuela. Acababa de terminar el bachillerato y no había podido entrar en la universidad; parece que tenía problemas o estaba desorientado. La tía habló con su hermano, el papá de Maigualida, para que la ayudara y el muchacho fue a vivir a casa de su tío.

El joven vivió en casa de sus familiares por más de tres años. Estudió una carrera corta en el área de la naciente informática, al poco tiempo conoció a Cora, tuvieron un noviazgo rápido y en menos de un año de conocerse Martín y Cora se casaron y se fueron a vivir juntos.

La estancia de Martín en hogar de su tío fue un hecho poco trascendente, apenas reseñable. En algún momento, Maigualida trataba de recordar detalles de la convivencia con aquel primo, pero no venía a su mente absolutamente nada. En las

fiestas de la familia, Martín nunca figuraba como uno de los personajes las anécdotas que los hermanos repetían en el momento en que los tragos invitaban a las memorias colectivas. Maigualida solo recordaba que a su primo le gustaba la comiquita de *Los Picapiedras* y cuando alguna tarde él estaba en la casa y el horario de los personajes de Piedradura coincidía con el de *El Zorro*, siempre había conflicto con el resto de los jóvenes televidentes y el primo ganaba la partida.

Una vez, cuando Cora y Martín ya estaban casados, el papá y la mamá de Maigualida decidieron tomarse unos días de vacaciones. Nunca, jamás lo hacían y a toda la familia le hizo ilusión que salieran a disfrutar de la vida. Irían a Curazao. Tomarían el ferri en Falcón y pasarían cinco días sin que mamá tuviera que cocinar, lavar, y en general atender a sus muchachos. El primo Martín y su esposa quedarían a cargo de la casa. Maigualida tendría alrededor de ocho o nueve años cuando sus padres hicieron este viaje.

Durante esos días, una tarde, estaban viendo la televisión mientras Cora preparaba la cena. Martín sentó a Maigualida en sus piernas. Él estaba muy cariñoso, con disimulo, comenzó a pasar sus dedos suavemente por el vientre de la niña, luego su mano siguió y siguió.

Maigualida comenzó a sentirse incómoda, y cuando él le dijo: «No vayas a contarle esto a nadie», pensó que algo no andaba bien.

Al día siguiente, estaban de nuevo frente al televisor. Ella estaba pintando. Hacía un dibujo en ténpera donde ella y sus hermanos jugaban en un patio lleno de árboles. Le parecía que su obra estaba quedando maravillosa. El primo se acomodó en el sillón y le pidió de nuevo que se sentara en sus piernas. Ella le dijo que no quería, que estaba ocupada, estaba pintando. «Si no vienes, rompo tu dibujo», le contestó él en voz muy baja pero firme. Maigualida no sabía qué hacer y

obedeció. Era todo tan confuso. Trató de ignorar o hacer que no estaba ocurriendo nada y fijó su atención en el programa que pasaban en la televisión. De pronto, sintió algo cerca de su muslo, debía estar en el bolsillo del pantalón de él. Pensó que era un llavero y quiso verlo: «¿Qué es esto?», le preguntó y él respondió algo que ella no entendió, lo dijo con una sonrisa torcida y extraña. La niña se asustó, quiso levantarse, pero él la rodeó con su brazo con firmeza. No sabía qué hacer, qué decir, y de nuevo se quedó ahí, tranquila a esperar que se acabara el programa y su primo la soltara.

Agradeció al cielo que su mamá y su papá regresaran y se acabaran las tardes de TV con Martín.

El primo nunca más se acercó a ella. Cuando se reunía toda la familia, Maigualida sentía que Martín la miraba, pero todo quedó ahí. Ella nunca habló con nadie sobre aquel incidente, lo borró de su memoria, nunca ocurrió.

Años después, cuando tenía como doce años, en una revista, leyó un artículo de orientación familiar que comentaba un caso como el suyo y de alguna manera entendió lo ocurrido. Se sintió de nuevo incómoda y ridícula por no haber entendido antes. Por haberse quedado callada, por no haber tenido conciencia. Hasta se sintió culpable. Pero de nuevo cerró las puertas del recuerdo y no dijo nada a nadie.

Sin embargo, ayer, cuando vio a Martín en la parada de autobús, todo llegó de pronto. Le hubiera gustado detenerse y decirle a gritos unas cuantas cosas, pero se detuvo. Era preferible no verlo ni hablarle.

Lo curioso del asunto es que, en todos los años que transcurrieron desde aquellas vacaciones de papá y mamá, nunca había vuelto a pensar en eso. Pero ahora, no podía sacarse aquel recuerdo ni de la cabeza, ni de la piel. La mano de Martín la perseguía, no la dejaba. Estaba afectando tanto su intimidad que, finalmente, decidió contarle a su marido.



El compañero fue tierno y solidario, pero no entendía muy bien. ¿Qué le sucedía? ¿Cómo un hecho ocurrido hacía treinta años le podía afectar tanto? Pero era así, le perturbaba a tal punto que no se dejaba tocar. Él no sabía muy bien cómo revertir el efecto Martín.

Maigualida también lo pensó: «Hace tanto tiempo...» ¿Existe el tiempo en la mente, en el alma, en la psique humana? «Parece que fue ayer» decimos sin darnos cuenta de que realmente parece que fue ayer. Esa mañana, la parada de autobús la había devuelto al asco que sentía al estar en las piernas del primo. Lo había sentido con la misma intensidad.

Decidió ir unos días al psiquiatra y la terapia le ayudó a procesar el asunto como adulta. Al parecer, sacarlo a flote le ayudó a superarlo. Maigualida contaba con suficientes elementos a su alrededor como para permitir que Martín continuara molestándola. Además, el marido, si bien no entendía bien, fue paciente, y eso era lo que ella necesitaba.

Poco a poco, fue volviendo a ser la misma. Las caricias volvieron a ser disfrutadas y todo volvió a la normalidad.

Solo parece haber quedado un efecto secundario producto de aquellos encuentros frente a la TV: su odio visceral por la ridícula comiquita de Los Picapiedras. Pero es un asunto que, a Maigualida, no parece afectarle demasiado.



## Héctor

Esa noche soñó que al ir a su trabajo se le había olvidado ponerse los pantalones. ¡Qué angustia! Tal vez si caminaba pegado a las paredes no lo notarían. «¿Cómo se me pudo olvidar ponerme la ropa?», se decía en el sueño. «Mejor me voy, es preferible llegar tarde». Luego reflexionaba: «Yo creo que esto es un sueño, no pude haber olvidado mi ropa» —se decía dentro del sueño—. La angustia lo despertó y ya no pudo volver a dormir.

Esto de salir sin una pieza de su ropa y estar expuesto al público era uno de sus sueños recurrentes. Un día podían ser los zapatos, otro la camisa. Esa noche habían sido los pantalones.

Héctor había hecho progresos considerables desde sus días de muchacho tímido. Atrás quedaron las angustias de llevar el efectivo justo para no tener que pedir el vuelto al chofer o al colector del autobús. Ya no era tímido, al menos no tanto. La universidad y la calle lo habían ayudado.

Pero cuando tenía uno de esos sueños y se despertaba en la madrugada, era imposible volver al reposo. El insomnio lo

devolvía a las vergüenzas y desatinos que pudieron ocurrir durante el día. Aquel muchacho del autobús regresaba y se apoderaba de él y se sentía más que inseguro.

En las horas de desvelo, veía todo el panorama con claridad y pensaba que el día siguiente sería más sencillo. Se decía: «Mañana voy a tratar de plantear de nuevo tal asunto. Tal vez pueda haber una solución. Llegaré temprano y le plantearé a la jefa una reunión y le presentaré mi propuesta de otra manera».

Pero llegaba la mañana y veía la realidad y no lo hacía, porque ya no había manera de revertir la decisión o porque el momento de hablar había pasado.

Así eran las madrugadas para Héctor. Los ratos de vigilia eran los espacios de revelación que la luz del sol no le permitía.

Hoy, al alba, siente una nueva amenaza. Berta, su novia, la chica de quien estaba realmente enamorado, lo llamó por teléfono la tarde anterior y le dijo que necesitaban hablar. Lo llamó desde Margarita, ella estaba haciendo un reportaje y llevaba dos días en la isla. La comunicación no era buena, no se escuchaba bien y por eso la muchacha decidió que lo que tenía que decir se lo diría cuando se vieran personalmente.

Héctor lo sabía. Cuando la chica con quien estás saliendo te dice que quiere hablar contigo algo importante, tú sabes que te tienes que preparar. Lo que viene es un: «conocí a alguien» o el cliché de «no eres tú...» o algo por el estilo. Berta solo le dijo que volvería al día siguiente y él se ofreció para ir a buscarla al aeropuerto y en eso quedaron.

«Esta vez sí sabré qué hacer. Cuando nos veamos, no la voy a dejar hablar. Voy a decirle que tiene razón, que a veces me falta un poco de velocidad pero que voy a cambiar. Le diré que voy a renunciar, al periódico, que voy a comenzar por mi cuenta. Seré *freelance* y haré reportajes y periodismo de investigación serio; podré vender mis trabajos a un buen precio.

Estos artículos me harán merecedor del *Pulitzer*. Ella se reirá y así aprovecho para que se le olvide o replantee lo que me iba a decir. Le diré que viajaremos juntos, que recorreremos el mundo. Antes de que comience a hablar, la invitaré a ese restaurante del que siempre decimos que vamos a ir y nunca vamos. La sorprenderé con las entradas para una obra de teatro. Haré lo que sea para que me escuche y no comience con el discurso de 'tú eres increíble, pero...' o el bendito rollo del 'tú espacio y mí espacio'. De eso ya tengo una cabuya bien larga».

Héctor finalmente se quedó dormido pensando en todo lo que le diría a Berta. Cuando a media mañana llamó a su compañera para confirmarle la hora de llegada, estaba muy nervioso. El vuelo llegaría a las siete de la noche.

Héctor estaba allí con un ramito de brisa y dos margaritas, era una dulzura de ramito. La vio salir del túnel de pasajeros de llegada y se sintió triste de tan enamorado. Pensó en todo el discurso que tenía preparado. Ella lo vio y lo saludó con la mano. No traía equipaje. Solo su morral y lo llevaba en la espalda. Salió con prisa por las puertas automáticas y Héctor no se atrevía a abrazarla. ¿Y si lo apartaba? Pero ella le dio un beso y se emocionó con las flores hasta que se le humedecieron los ojos. «Sí, a ella también le va a pegar la separación —pensó—. Tal vez me tenga hasta lástima».

La veía y reflexionaba: «¿Qué sentido tiene prolongar una relación cuando hay un miembro que desea romper?». De camino hasta el carro, ella sonreía, veía las flores y no decía nada. Héctor tampoco. Él solo la veía y pensaba: «se ve radiante». También pensó: «Las mujeres recién enamoradas siempre se ven radiantes. Es tristemente terrible». Cuando ya iba a abrir la puerta del carro no aguantó. Contra todos sus planes y discursos programados, decidió cortar por lo sano. No se puede convencer a nadie de que te quiera. Es así de simple. De modo que comenzó:

—Ayer, cuando hablamos, me dijiste que tenías algo importante que decirme. ¿De qué se trata? ¿Cuál es el misterio? —dijo cortante, casi con rabia.

Berta lo miró. Se veía preocupada, quiso ponerse seria, pero no podía dejar esa nueva sonrisa que literalmente le invadía el rostro. Entonces, tomó aire y le dijo:

—Estoy embarazada.

Los ojos de Héctor se salieron de sus órbitas y se quedó mudo. No reaccionaba.

Ella dejó de sonreír por un segundo.

—¿No te alegra? Yo... , yo pienso que, aunque inesperado...

Él no la dejó terminar. La abrazó, la besó, la alzó en brazos. Ahora era él quien no dejaba de reír, no conseguía las llaves del carro, no conseguía colocar la llave en la cerradura para abrir la puerta.

La muchacha al final solo dijo:

—¡Estás totalmente loco! Y lo besó de nuevo.

# Diego

Diego era mi primo favorito, aunque solo lo veía en vacaciones, cuando íbamos a Maracaibo.

El papá de Diego era mi tío Roberto, hermano de mi mamá. Nunca conocí al tío Roberto, él no tenía contacto con el resto de la familia Boscán. Se había ido a otra ciudad y nunca volvió.

De niña, toda la información que manejaba sobre el asunto, era que el tío existía en algún lugar, y que había abandonado a Diego y a su madre, la tía Marta, cuando mi primo aún no había nacido. No era un tema del que se hablaba en casa y en ese entonces nunca pregunté. No sé, supongo que cuando eres pequeña, algo que ves todos los días se asume como normal y que en todas las familias ocurre lo mismo.

Cuando comencé en la universidad, mamá me contó que Marta llegó de Colombia cuando tenía como catorce años, ni ella sabe bien qué edad tenía entonces. Ella nunca pudo aprender a leer y vivía como podía. El tío Roberto la conoció cuando ella tendría unos veinte años y trabajaba planchando

de casa en casa. Para entonces, el tío tenía dieciocho. Vivieron un tiempo juntos, pero cuando ella quedó embarazada, el tío se portó terrible. Tal vez se asustó. Hasta llegó a decir que ese niño no era de él y se fue a vivir a Oriente. Huyó lo más lejos que pudo. Allá, por Carúpano, se casó y formó una familia con una mujer y unos primos que nunca he visto.

Pero la abuela Carmen, mamá, mi tía Úrsula y los tíos Francisco y Humberto sabían que Diego era de la familia y siempre estuvieron pendientes de él. Mamá me contaba que Marta era muy violenta y más de una vez tuvieron que rescatar a Diego de una paliza.

En una oportunidad, mi primo estuvo viviendo con la abuela por varios meses. Le dijeron a Marta que no le iban a dejar ver a Diego si volvía a maltratarlo. Entonces, ella prometió que no le volvería a pegar, pero que le devolvieran a su hijo. Dicen que más nunca le pegó. Mi abuelita murió cuando Diego y yo teníamos siete años, así que no imagino qué edad tendría él cuando recibía las mencionadas palizas.

Teníamos la misma edad, así que mi primo era mi compañero, mi hermano, hasta mi novio de la infancia. No recuerdo que hablara alguna vez de su mamá. La imagen que conservo de Marta es de una mujer infinitamente delgada asomada desde la puerta del zaguán de una casa vieja, levantando su mano para despedirse cuando mis tíos y yo íbamos a buscar a Diego para que viniera a pasarse unos días con nosotros. Jamás entré a su casa.

Nunca la llamé tía Marta, aunque era la mamá de mi primo. De hecho, no recuerdo haber hablado con ella jamás cuando era pequeña, así que nunca la llamé ni tía ni señora ni nada.

A medida que fui creciendo, los viajes a Maracaibo se fueron haciendo cada vez más distantes. Pero, aun así, Diego siguió ocupando un puesto privilegiado entre mis afectos. Durante la adolescencia, en alguno de esos viajes de vacaciones,



creí estar enamorada de él. Hubo por ahí un besito en la mejilla que se acercó más de lo normal a los labios, un roce en los dedos en alguna ida al cine, pero nada más.

Al terminar el bachillerato fui a la universidad y Diego a la Academia Militar. Oí comentar en la familia —tanto en grupos como por separado— que Diego había tomado una sabia decisión. Su mamá no tenía un centavo para costearle más estudios y mi primo al verse ante la perspectiva de convertirse en obrero o cadete, optó por lo segundo.

A mí me tomó por sorpresa eso de Diego militar. Recordé que cuando niños decía que iba a ser físico. En la época en que el Apolo 11 llegó a la Luna, mi tía consiguió unos cartones y Diego hizo un modelo a escala del famoso cohete que transportó a Armstrong, Collins y Aldrin, con su módulo de aterrizaje incluido.

Recuerdo que también le gustaba leer sobre la Segunda Guerra Mundial, pero de ahí, a la disciplina rígida del ejército y someterse a órdenes, con frecuencia absurdas, me parecía que no era algo que pudiera aguantar el espíritu libre que encarnaba mi compañero de juegos.

Las primeras semanas en la academia, esos meses en que no los dejan salir, fuimos mi mamá y yo a visitarlo. Le llevábamos chocolates y otras chucherías y le preguntábamos cómo se sentía. Al fin y al cabo, éramos los únicos parientes que tenía en Caracas.

Una vez que pasó la cuarentena y ya tuvo libre sus fines de semana, nos separamos de nuevo. No entiendo por qué nunca salimos cuando estuvo estudiando en Caracas. Tal vez tenía su novia maracucha. Seguro era eso. Además, yo también tenía mi círculo de amigas y amigos; todas y todos medio hippies; así que un Diego cadete hubiera sido algo raro dentro de ese ambiente. Lo volví a ver una vez más cuando se graduó de subteniente y me enteré que lo habían enviado a servir en la frontera.

Por la época en que Diego estuvo en la academia fue cuando mamá me contó lo dura que había sido la vida de mi primo, «Menos mal que ese muchacho echó pa 'lante», decía como en un suspiro.

Han pasado unos cuantos años. La familia organizó una fiesta para celebrar el ascenso de Diego nada menos que a general de brigada del ejército venezolano. Todos fuimos a Maracaibo y nos encontramos en el patio de la casa de los tíos. Era el lugar perfecto para congregarnos. Tíos, tías, sobrinos, primos, hijos de los primos y sus descendientes. Diego era el centro, el héroe.

Cuando llegué con mi familia, vi a Diego junto a Marucha, su esposa, una mujer bella y simpática. Cuando él me vio, se levantó y me abrazó con muchísimo cariño. Por unos segundos me sentí de catorce años y me sonrojé. En la fiesta se sentó a mi lado y estuvimos recordando viejos tiempos. Sus hijos y los míos se divertían escuchando nuestros cuentos y aventuras de vacaciones. Al despedirnos nos abrazamos de nuevo, prometimos no volver a perdernos y juramos reunirnos en Año Nuevo.

No nos vimos en Año Nuevo, como era de esperarse ante promesas llenas de verdadero amor fraternal, pero poco realistas. Nuestras vidas ya estaban definitivamente separadas.

Hoy estoy nerviosa. Me llamó mi hermana María Angélica para decirme que llevaron a Diego al Hospital Militar de aquí de Caracas. Me dicen que parece que tuvo un infarto. Ya avisé en casa y me voy directo para allá a ver cómo está.

Sus hijos están en el pasillo, pero no se ven preocupados. Me reciben y me dicen que no fue nada. Entro a la habitación y está Marucha en el cuarto. Ella tiene que arreglar un asunto en la administración y, al salir, me pide que me quede con Diego. Por supuesto que me quedo.

—No te preocupes, me puedo quedar aquí todo el tiempo que sea necesario —le digo.

Me acerqué a Diego. Verlo en cama y saber que estuvo en peligro me puso muy triste. Él lo notó y me dice con una sonrisa:

—‘Tas pasada de boba, ¿no te dijeron? No pasó nada, ya me hicieron los exámenes.

—¿Entonces, por qué estás aquí?

—Me dicen que tuve un ataque de pánico —Diego hace un silencio interminable y luego me dice en un tono como de secreto—. Te lo juro, Elvira, sentí una presión en el pecho, un sudor frío, una tembladera —vuelve a hacer una pausa y continúa como queriendo hacer una broma. —Ahora, después de viejo, como que me volví marico.

Pienso en los militares y su lenguaje homofóbico, imposible de abandonar, pero no es el momento de este tipo de reflexiones. Solo le digo:

—No digas tonterías, eso es algo grave también, algo que debes tratarte. Tienes que ir a un médico, a un psiquiatra para trabajarlo.

—Sí, claro. Ahora resulta que tengo que ir a ver a un brujo. Creo que hubiera preferido que fuera un infarto.

—¡Por favor! Ahora sí que perdiste el juicio.

—Un infarto es algo concreto, una enfermedad. Yo puedo decir a mis amigos: «Sobreviví a un infarto», ajá. Pero nunca has oído decir a nadie: «Sobreviví a un ataque de pánico».

—Deja la pendejada.

No quiero escucharlo, no quiero escuchar lo que dice, ni por qué lo dice. Solo quiero que se ponga bien, comienzo a contarle cosas de la familia y de mis muchachos y ya no hablamos más nada del asunto.

Ha pasado un mes y hoy me volvieron a llamar. Esta vez fue Altagracia. Me llamaba de Maracaibo. Estaba llorando y no sabía cómo decírmelo.

—¡Es Diego, Elvi! ¡Es Diego! Marucha lo encontró... No entendí bien, ella me dice algo de su arma de reglamento... No sabemos bien cómo fue... No sé, no sé, tal vez la estaba limpiando, no sé —repetía.

Yo solo le pedía que se calmara.

—Ya estoy saliendo para allá. Apenas consiga pasaje te aviso.

Cuando dejé el teléfono, pensé que tanto Altagracia como yo sabíamos, sin duda, lo que había pasado.

## Patricio

Su nombre era Patricio. No podría haber sido otro nombre, tomando en cuenta que se trataba de un sacerdote católico irlandés. Era muy alto, de cara redonda, barba y bigote. Su cabello era amarillo, casi naranja. El poco cabello que le quedaba acostumbraba a tenerlo largo y desgreñado. Mi madre, que siempre buscaba semejanzas entre cosas, animales y personas, había bautizado a un conocido «Pepa 'e mango» y Patricio también encajaba perfectamente en este apodo. Así se veía él, igual que la semilla de esta fruta recién saboreada con sus hilachas colgadas a los lados.

Lo conocí hace muchos años, en mi primera juventud, cuando trabajaba de maestra en Petare. Era la época en que la Iglesia católica parecía estar cambiando. La «opción preferencial por los pobres» era el lema, y algunas comunidades religiosas fieles a este compromiso, se habían mudado a los barrios.

Nuestro cura irlandés vivía en El Nazareno junto a otros dos sacerdotes, Eloi y Bruno. Por fuera podría asemejarse a

sus compañeros de casa por el hecho de ser todos europeos, pero en realidad Patricio era diferente. Él no tenía ese aire paternalista que perseguía a los otros dos. Patricio, aunque visiblemente extranjero, era como más igual a uno, hablaba con voz suave y no parecía querer convencer a nadie, ni convertir a nadie.

Imagino que, al igual que yo, muchas chicas del barrio hubieran querido acercarse más a Patricio, tener «algo» con cualquiera de los curas. No era nada extraño escuchar hablar de los sacerdotes en términos en los que lucíamos enamoradas. Al fin y al cabo, eran hombres. Además, delicados, amables, inteligentes. Eran depositarios de nuestras confesiones, nuestros secretos. Si sumamos a esto el hecho de que trabajábamos con ellos en las labores educativas y de pastoral, la mezcla para que surgiera un romance era perfecta. Sin embargo, durante el tiempo que estuve compartiendo con ellos, nunca vi que ocurriera nada comprometedor. Aunque, sinceramente, tampoco me hubiera importado, ni me hubiera parecido criticable. Estos curas que conocí, en el tiempo que los conocí, eran respetuosos y trabajadores y recibían a cambio admiración incondicional de quienes los rodeaban.

Patricio nos contaba que cuando se hizo sacerdote y vino a trabajar a Latinoamérica, su madre respiró tranquila. Pensó que su hijo estaría a salvo porque dejaba atrás Belfast. Eran los días posteriores al «Domingo Sangriento», época de las grandes manifestaciones por parte de los independentistas de Irlanda del Norte, de la represión británica, los atentados, la cárcel y tortura para muchos católicos republicanos. Sin embargo, la mamá de mi amigo no podía estar más equivocada sobre la seguridad de su hijo.

No sé cómo asignan los lugares donde van los religiosos a hacer su misión apostólica, pero Patricio fue a parar a Chile, corría el año de 1972. Salvador Allende había conquistado la

presidencia y había aires de esperanza, ganas de hacer, crear. Las organizaciones de trabajadores conseguían sus reivindicaciones, se nacionalizaban industrias, todo se movía rápido. Pero llegaron Pinochet y sus secuaces y la tragedia que siguió al 11 de septiembre de 1973 aún nos sigue llenando de horror.

Al llegar a Chile, Patricio se fue a vivir a una comunidad enraizada en uno de los lugares más pobres de Santiago. Después del golpe, continuar con el trabajo que llevaba a cabo junto con su equipo, era suficiente razón para ser perseguido y llevado a prisión, y eso fue lo que le ocurrió a mi amigo.

Logró salvarse de la muerte gracias a la embajada de su país, Amnistía Internacional y otras organizaciones que dieron con su paradero después de semanas de estar desaparecido. Estas mismas organizaciones consiguieron que lo deportaran y lo enviaron a Venezuela.

Aquí en Venezuela existían varios comités de solidaridad con el pueblo chileno, y a las pocas semanas de llegar, le hicieron una entrevista. El encargado del programa llegó al inevitable tema de la prisión y la tortura. Quiso saber qué sentía Patricio y le preguntó: «¿Usted no sentía rabia, odio por esos soldados? ¿Cómo logró contenerse?». El sacerdote, con una sinceridad infinita y sin ninguna pretensión le respondió: «Ahí donde estás y en esa situación, no estás en condiciones de sentir nada. Ni siquiera odio». Fue una respuesta que el periodista no esperaba.

A veces, Patricio pasaba por períodos en los que se perdía dentro de sí mismo. Descuidaba su aseo personal y sus cabellos rubios y rizados salían de su cabeza aún más disparejos y enmarañados. Por esos días también tenía pesadillas. Sus compañeros comentaban que la cárcel donde estuvo quedaba cerca de una autopista, al igual que la casa donde estaban viviendo en el barrio. Por eso, los ruidos de los camiones que pasaban en la madrugada alteraban su sueño y lo devolvían a su celda.

Patricio tenía subidas y bajadas. No estaba bien. Se reponía y trabajaba, iba a las reuniones, intervenía y nos hacía sonreír, pero algo se había roto por dentro o algo le faltaba.

Un día recibimos la noticia de que los comités de solidaridad habían estado trabajando para lograr el rescate de Amanda, una compañera de la comunidad donde Patricio había trabajado en Chile. La policía chilena la estaba buscando y la habían detenido. Los grupos de solidaridad con Chile, guiados por Patricio, se movieron y pudieron realizar las gestiones burocráticas necesarias hasta lograr la excarcelación de Amanda y trasladarla a la embajada. Amanda era una heroína, había logrado salvarse de las garras de los «milicos».

Nosotros quisimos reunirnos con ella para que hablara y nos contara sobre su experiencia, queríamos que la gente del barrio supiera de primera mano lo que estaba pasando en la dictadura de Pinochet y lo importante que era ser solidarios con el pueblo chileno. Patricio fue quien se encargó de buscar a Amanda y traerla a la reunión.

El aspecto físico de la amiga de Patricio no coincidía con la imagen que me había hecho de ella. No sé por qué me había imaginado a una intelectual alta y de carácter enérgico. No, Amanda, nuestra heroína chilena, era diminuta, usaba largas trenzas negras y vestía algunas prendas con adornos indígenas, pertenecían a la tradición de su pueblo, los mapuches. En su mirada había una mezcla curiosa de fuerza y dulzura.

Es la única vez que vi juntos a Patricio y Amanda. Recuerdo cuando llegaron a la puerta del salón de usos múltiples de la escuela. La imagen permanece en mis recuerdos como una fotografía a contraluz. Era una pareja curiosa. Ella pequeñísima, le llegaba casi a la cintura. Él impecablemente limpio, sonriente como nunca, con su cabello en orden.

Pocos meses después de esa reunión, me enteré de que Patricio y Amanda se habían ido a vivir juntos, sin esperar dispensas



papales ni permisos eclesiásticos. ¿Quién los necesita?! No tengo idea de a dónde se fueron, si volvieron a Chile, a Irlanda o se quedaron en Venezuela. Simplemente se fueron a vivir, a ser libres.

Al poco tiempo de esta partida, mi vida también sufrió grandes cambios. Terminé la universidad, me casé y me mudé lejos. Por años dejé de ver a gente muy querida de la escuela y a muchos amigos del barrio. Ya no frecuentábamos los mismos círculos y las intenciones de seguir en contacto fueron solo eso: intenciones.

Todo pasó hace mil años, como dije al comienzo, en mi otra vida. Pero a veces, viene a mi mente aquella imagen a contraluz y sonrío a solas, en privado. Porque pensar en Patricio y Amanda y recordar su triunfo es algo que me alegra la existencia.



## Lucía

Esto de escuchar una y otra vez «vivieron felices para siempre» en los finales de cuentos hadas, películas y telenovelas, es una idea que seguramente ha quedado guardada en el líquido sinovial, ese fluido viscoso y transparente que se encuentra en nuestras articulaciones. Sé que no digo nada nuevo al afirmar que creer en la veracidad de esta frase tiene consecuencias, por lo general, negativas a lo largo de nuestra vida. Repito, sé que no digo nada nuevo al declararme en contra del amor romántico, lo sé. Pero hoy, al recordar a Lucía, vuelve a mí esta reflexión.

Lucía y yo somos amigas de toda la vida. No nos vemos a menudo ni nos hablamos todos los días. Nos reunimos solo de vez en cuando, a veces puede pasar hasta un año sin que tengamos algún contacto, pero cuando retomamos el diálogo, lo hacemos como si hubieran pasado tan solo unas horas.

Lucía y yo siempre tratamos de hacerle la contra al virus del mentiroso «para siempre» repitiendo una y otra vez donde nos encontremos que eso no existe. Que la vida es cambiante

y variada. Pero la ilusión es una cuestión muy seria y la gente no quiere dejarla.

Mi amiga dice que ha pasado por diferentes etapas y descubrimientos relacionados con el tema. Una de las revelaciones que compartió conmigo en una ocasión me gustó mucho y yo la copié como filosofía de vida. Ella decía que la felicidad en pequeñas dosis no es tan mala. Es decir, vivimos momentos de felicidad y que, si bien no podíamos tener todo, todo el tiempo, ella podía vivir con esta idea. Ese pequeño instante de felicidad podía ser muy intenso, tanto que casi te consume. Eso ocurre, por ejemplo, cuando uno recién se enamora y es correspondido. Otras dosis pueden ser suaves y dulces como una brisa, como cuando uno de tus hijos te da a un abrazo fuerte porque sí.

Lucía debería reescribir cuentos para niños, así no sufriríamos de frustraciones por lo inalcanzable y no estaríamos buscando lo que no existe. En realidad, Lucía había redefinido la frase, aseguraba que sí existía el «felicidad para siempre», pero en los términos de sus pequeñas dosis.

«¿Sabes qué? —me dijo una vez que ya había elaborado con suficientes argumentos su teoría—. Para mí, tomarme un café sin prisa, con una compañía inteligente, eso es felicidad. En esos momentos uno puede conversar desde los rollos más íntimos, hasta de política o de un libro o una canción. Sí, vale, cada trago de café es un sorbo de felicidad».

También me dijo haber descubierto la felicidad de los sábados por la mañana en la dulce rutina a la que habían llegado ella y su pareja. Podrían despertarse temprano, como cualquier día de semana para ir a trabajar, pero no se levantaban. Podrían hablar un poco o hacer el amor y volver a dormirse, todo sin apuro, lentamente. Estos ritos que se repetían cada sábado, danzando de formas distintas, «variaciones sobre el mismo tema», diría Lucía, a quien le gustaba la música. Los

hijos habían aprendido a respetar aquel ritual y jamás entraban al cuarto los sábados por la mañana.

Pero un día, a Lucía se le olvidó de su teoría. Su subconsciente la traicionó con el recuerdo de los cuentos en que los príncipes rescataban a las niñas lindas de los castillos con dragones o de brujas malas. Y comenzó a dudar, no supo cómo renovar sus dosis de microdicha.

Comenzó a sentir que las paredes de la casa se le venían encima, que su amigo, el moho del baño, se empeñaba en aferrarse entre las baldosas de la pared, y que tener toda la ropa limpia, algo que siempre le había llenado de orgullo —y era casi otra dosis de felicidad— le pareció un orgullo muy pequeño, mezquino. Entonces, sin darse cuenta, cayó en la trampa: pensó en que debía ser rescatada.

No me dijo esto del rescate, pero yo lo sé porque no sonreía como antes y me contaba que vivía peleando con su pareja. Sí, Lucía había comenzado a esperar la llegada de un caballero andante, un héroe que la rescatara de aquel encierro en el castillo, y aunque lanzaba sus trenzas de oro para que tuviera acceso a la torre, no pasaba ningún príncipe o, si pasaba, lo hacía sin prestarle mucha atención.

«¡Muchacha, avíspate! Haz otra cosa, conoce a otra gente, sal de tu círculo —le dije al verla tan desanimada— ¡Haz un curso de comida tailandesa!». Ella sonrió y tomó otro sorbo de café y miró por la puerta de vidrio de la panadería, así como cuando no se mira nada.

Un día en el que tal vez agitaba su pañuelo con más fuerza, pasó un juglar. Como llevaba tiempo esperando, estaba cansada y el castillo en ruinas, quedó encantada con las maravillas musicales y poéticas del artista. Dejó atrás las mañanas de los sábados y los sorbos de café y se dedicó a ser «feliz para siempre».

Pero, como era de esperarse, aquella huida no resultó. Fue una felicidad fugaz, efímera y terrible. No hubo rescate y ahora

Lucía no solo no era feliz, sino que se sentía profundamente infeliz. El artista le había hecho daño.

Pero mi amiga es fuerte. Por un momento creyó que el mundo se iba a acabar, pero no fue así. Leyó otros libros, vio otras películas, me buscó y conversamos. Sí, conversamos mucho y comenzamos a reelaborar nuestras teorías.

«¡Fui más que tonta! No sé qué me pasó. De verdad», me dijo. Y esta vez sí me miraba y volvía a ser mi amiga de toda la vida. «He hecho un nuevo descubrimiento», comentó sonriendo. Pero no pude sacarle más información sobre esta revelación súbita.

Lucía está haciendo cerámica. Casi no sale. Crea toda clase de figuras y artefactos. No se sabe si algún día podrá vivir de los maravillosos objetos que amontona. Ha logrado vender algunos, pero la mayoría los regala. Esto parece no molestarle demasiado.

Sus hijos están grandes y les agrada ver a su madre creando e inventando. Solo bromean sobre su clausura.

Ahora Lucía se levanta temprano, hace un desayuno rápido y se encierra. A media mañana, se despega de su silla, hace un rico y creativo almuerzo —porque le gusta hacerlo— y en la tarde, una vez a la semana, pasa a la fase de horneado. Lo hace en la propia casa porque logró comprar un pequeño horno que colocó en el patio. Allí terminan de cobrar vida sus trabajos. Pero no limpia los cuartos ni la sala ni lava ni le preocupa el moho del baño. Si los habitantes del castillo quieren casa limpia: ¡Que la limpien ellos!

Tengo la impresión de que Lucía consiguió sus ratos de «felicidad para siempre», pero no lo dice, no se atreve a hablar sobre esto para no romper el hechizo.

# Tarsicia

Cuando vivía en Caracas, la ruta del autobús de San Bernardino tenía una parada justo al frente de la casa donde transcurrieron los primeros años de mi vida. Por mucho tiempo, cuando el transporte detenía su marcha, aguzaba mi vista a ver si lograba encontrar a quien fuera la dueña de aquel lugar: la señora Tarsicia.

Luego, llegó el día en que la casa fue derribada y toda la cuadra donde se encontraba se convirtió en un tramo de la Cota Mil. Sí, esa vía rápida a la que más tarde le cambiaron el nombre y le pusieron avenida Boyacá, pero que la gente siguió llamando Cota Mil.

Me gusta mucho la Cota Mil. Como vía rápida es sin duda más agradable que la autopista del Este. Es un paseo que bordea al Ávila, el Warairarepano. Es el mejor lugar para apreciar la hermosa luz que tiene la ciudad. Caracas puede no ser la ciudad más hermosa del mundo, pero tiene una luz única.

Lo malo de la Cota Mil es que se llevó mi casa. Aunque ya no exista, sigue siendo mi casa porque es la casa que siempre

aparece en mis sueños. He vivido en otros lugares, incluso por mucho más tiempo, y dejamos esta quinta cuando tenía ocho o nueve años, pero inexplicablemente, cuando cierro mis ojos, son las habitaciones de esta casa las que aparecen en mi mente. Puede tener variantes, o presentar otro aspecto, pero en el fondo yo sé que es la casa de la señora Tarsicia.

Nosotros la llamamos así: «la casa de la señora Tarsicia» o decimos «a que Tarsicia». Porque lo que le daba nombre a aquella edificación era su dueña. No era la avenida o algún referente cercano, no. Esa casa tenía, respiraba y emanaba la energía de la señora Tarsicia.

Tarsicia venía de los llanos de Guárico. Nació en Chaguanaramas en 1917. Había estudiado música y tocaba el piano. De hecho, tenía en medio de su sala un hermoso piano de cola que alguna vez le escuchamos tocar. También había escrito un libro que ella misma se había publicado. Tenía por título *Mis andanzas por el mundo*. Recuerdo que en una de sus páginas aparecía una foto en la que posaba vestida con un traje de holandesa. Ella le regaló un ejemplar a mamá. Lástima que no tengamos idea de a dónde fue a parar.

La señora Tarsicia tenía un carácter terrible. Nosotros escuchábamos sus gritos cuando peleaba con su esposo, hombre que un día la abandonó, robándose alguna de sus mejores prendas. También tenía un hijo. Se llamaba Jorge. Yo no lo recuerdo. Mamá decía que esa vieja nunca veía por su hijo, que lo dejaba solo por ahí, pero que era un buen muchacho. ¿Qué edad tendría Jorge en esa época?, ¿dieciocho?, ¿veinte años?

Mi mamá decía que la señora Tarsicia era mala, y repetía con vehemencia «¡esa señora era mala!». Yo confío en el olfato de mi mamá, pocas veces se equivocaba con las personas. Aun así, pienso que esta mujer debía ser una persona interesante. Sabía de música y escribía. ¿Cómo pudo tener tanta independencia una llanera en la Caracas de los años 50 o 60? ¿Cómo y con



quién había viajado por el mundo? ¿Cuáles eran sus opiniones políticas? ¿Estuvo con Pérez Jiménez? ¿Con los adecos?

La casa de Tarsicia era enorme. Se encontraba justo a las faldas del Ávila. Tenía dos pisos muy amplios, un gran terreno en la parte de atrás y un jardín al frente donde había grama y habían sembrado unos rosales. Su dueña vivía en la parte baja de la vivienda y había logrado alquilar todo, absolutamente todo lo demás: el piso de arriba, el garaje, un anexo sobre el garaje, otro anexo en lo que tal vez fue patio trasero, y otro en el pasillo que daba hacia este mismo patio. No estoy segura de si había algo más, porque recuerdo que teníamos muchos vecinos, sobre todo vecinas. No sé si las personas que recuerdo vivieron todas ahí al mismo tiempo, o unas se iban y otras ocupaban el lugar que dejaban las anteriores.

Mi familia vivía en la planta alta de la casa. Era un apartamento bien equipado —tres habitaciones grandes, un baño, cocina, comedor, sala, terraza—. Mi papá era ingeniero y lo había acondicionado de maravilla. Había construido una escalera externa y nuestra vivienda era totalmente independiente del resto.

Me gustaba esa casa. Guardo recuerdos imborrables de ella. Entre estas memorias que permanecen está Samuel. Yo tendría seis o siete años y Samuel vivía en el edificio de al lado. Tendría tal vez dos o tres años más que yo. Era judío —por esa época, en San Bernardino, había muchas familias judías—. Conocimos a Samuel porque con frecuencia se asomaba a la ventana de su cuarto y nos saludaba. Tenía unos títeres y también nos hacía representaciones, nosotros mirábamos el espectáculo mudo y gozábamos muchísimo viendo desde nuestro comedor que quedaba uno o dos pisos más abajo de su ventana. Él también lo disfrutaba ya que éramos seis hermanos y resultábamos un público numeroso para quien no tenía otros espectadores.

De tanto vernos, Samuel se convirtió en nuestro amigo. Un día, finalmente apareció en nuestra puerta y, entonces, se convirtió en familia. Apenas llegaba del colegio, se cambiaba y venía a merendar con nosotros, ver televisión y jugar. Sobre todo jugar.

Samuel era el ser más genial y creativo que he conocido en mi vida. Inventaba o sabía juegos que nosotros no conocíamos: La corriente, Simón dice, El pollito inglés o La momia azteca. También jugábamos al Zorro y él era Diego de la Vega. Yo siempre quería ser Rosarito o Ana María Verdusco. Como era la más pequeña, todos me consentían y me dejaban ser la novia del Zorro.

Un día, en la casa de Tarsicia comenzamos a escuchar a los adultos hablar muy bajo. Mi mamá estaba llorando y nosotros no nos atrevíamos a jugar ni a hacer desorden. Nadie parecía decir nada. Una sabe cuándo debe quedarse tranquila y esperar para enterarse de qué ocurre. Solo hay que escuchar.

Samuel fue quien nos trajo la noticia. Resulta que Jorge, el hijo de Tarsicia, estaba en casa de un amigo y el muchacho había conseguido una pistola de su papá. Según la versión oficial, los jóvenes comenzaron a jugar con la pistola y el arma se disparó accidentalmente y Jorge murió.

Según cuentan también las malas lenguas, Tarsicia —más que llorar o lamentar la muerte de su hijo— juró que se vengaría. Declaró ante todo el mundo que iba a matar a la persona que le había quitado a su hijo.

¿Quién puede saber realmente cómo fue la cosa y cuánto poder tenían los padres de aquel muchacho? Lo que se llegó a saber que, antes de que se complicara más la situación, el implicado fue enviado al exterior y no volvimos a escuchar más del asunto.

Tiempo después, tuvimos que mudarnos porque nuestra casera había subido de forma exagerada el alquiler y papá

decidió que aquello era un abuso. Atrás quedaron Samuel y las demás vecinas «a que Tarsicia». Sin embargo, mamá conservó la amistad con algunas de ellas, sobre todo con la señora Marta y la señora Miguelina.

Una mañana, la señora Marta llamó por teléfono a la casa y le contó a mamá una noticia terrible. El joven involucrado en el accidente de Jorge había vuelto a Venezuela y a los pocos días había sido asesinado. El suceso había sido reseñado en todos los periódicos. La noticia decía que lo habían matado saliendo de un ascensor, delante de su esposa. Todo indicaba que había sido un asesinato por contrato. En poco tiempo atraparon al autor material, y todo señaló a Tarsicia como la autora intelectual del homicidio. Fue condenada y llevada a la cárcel.

Eso fue lo último que escuchamos sobre la señora Tarsicia. Por eso, mientras existió la casa, siempre pensé que era posible que nuestra casera hubiera salido de prisión, que podría haber regresado a tocar su piano y, quizás, yo podría verla desde el autobús mientras regaba su jardín de rosas. Pero una vez que demolieron la casa, ya no hubo retorno posible. Solo quedó su historia. Ese relato que mamá contaba cada cierto tiempo con la intensidad de quien ha vivido una tragedia de cerca y siempre terminaba repitiendo en un susurro: «Esa señora era mala, realmente mala... Menos mal que nos mudamos de ahí...».



# Rebeca

Estoy sorprendido. Me acaban de decir que murió Rebeca Santana. Una amiga. Bueno, una amiga que en mi otra vida fue... digamos que algo más que una amiga.

Rebeca era diez años mayor que yo. No era para nada bonita. Pero era inteligente, encantadora. Con frecuencia íbamos a almorzar juntos cuando trabajábamos en la universidad, ella era jefe de la cátedra. Hablaba conmigo de sus aventuras amorosas sin ningún problema. A mí me gustaba escucharla y le preguntaba sobre estos romances porque quería aprender a ser libre como ella. Además, creo que me daba material para la escritura. Al principio solo éramos amigos, nos confiábamos todo. No soy celoso y desde el comienzo me aclaró que jamás sería una relación exclusiva. Así que «cuentas claras conservarían amistades».

Lo que tuvimos nunca fue algo público. Rebeca era casada, en una relación de esas que llaman «abierta». Un experimento que vivían ella y su marido. Quién sabe cómo sería eso puertas adentro. Igual nunca hice nada por averiguarlo. Además,

yo también tenía una pareja oficial. Pero allí estábamos, salíamos y teníamos algo.

Ella era una de esas mujeres que te estimulan, que te preguntan, que hacen que inventes y te arriesgues. Gracias a ella conseguí la beca de intercambio para el postgrado en la universidad de Minas Gerais en Brasil.

Pero las «cuentas claras» como que no son suficientes para conservar lo que teníamos. Mientras salíamos, recuerdo que más de una vez hubo señales de algún desajuste entre nosotros, pero no quería verlo. Varias veces hizo cosas desacertadas que me hicieron sentir incómodo. Bueno, más que desacertadas, diría desagradables.

La indicación más clara de que debía dejar el asunto fue cuando llegé a la universidad con aquel estudiante. Dijo que era el nuevo preparador de su cátedra. El muchacho era muy inteligente, pero conflictivo y difícil de tratar. Un día, durante el almuerzo, le comenté que el preparador no me escuchaba, que no seguía mis instrucciones, que tal vez no había sido una buena elección del departamento.

—Yo no le renovaré el contrato para el semestre que viene —le comenté.

Rebeca, como diría el poeta, «se me quedó viendo como desde una rendija» y me contestó:

—¿Aún no lo entiendes? Creí que eras diferente. «Fulanito» es mi pareja. Lo estoy ayudando.

Yo me imaginaba algo, pero fue tan tajante. Él era su pareja, y yo ¿qué era?

Tal vez era su forma clarísima de decirme que ya se había acabado lo que teníamos, que hasta ahí había que dejar todo, pero yo estaba como enmarañado. Es verdad, ya me había dicho que no éramos exclusivos, pero nunca se había presentado con alguien en el trabajo. Era como demasiado.

Sin embargo, me dije a mí mismo que no iba a hacer un problema de eso. Yo era un hombre «liberado, moderno y desarrollado». Si estaba con otros, si ya habíamos llegado a acuerdos, ¿por qué no podíamos continuar?

Después de eso, trabajar en la universidad se fue convirtiendo en algo cada vez más desagradable. Rebeca fue elegida como directora de la Escuela de Letras y Fulanito se graduó pronto y pasó a ser el nuevo profesor contratado.

Ya no salía casi con Rebeca, pero trabajábamos juntos y nos llevábamos bien. Al menos esa era la ilusión que yo tenía. Sin embargo, en una ocasión en que le hice de nuevo una observación sobre aquel instructor, Rebeca me dijo que lo que tenía eran celos. Quizás era verdad.

Cómo cuesta terminar. Dejar una relación no es fácil, no importa lo mal que vaya o lo poco firme que sea. Imagino que existe toda una colección de estudios psicológicos que explican esto de la dependencia, el control y quién sabe qué otras cosas. Yo puedo decir que entiendo perfectamente por qué las mujeres maltratadas no escapan. No lo sé explicar, pero lo entiendo.

Viendo las cosas después de tantos años, me doy cuenta de que debí terminar con Rebeca desde el primer indicio de que aquello no funcionaba. Debí abandonar aquello desde que sentí por primera vez aquel mal sabor después de hacer el amor. Estaba clarísimo. Si uno tiene sexo y al terminar no se siente bien, satisfecho o al menos contento, es una señal inequívoca de que el resto de la relación va mal y que, de continuar, aquello no va a tener un final feliz.

En fin, un día me ofrecieron este trabajo fuera de Caracas y lo acepté de inmediato. Solo con una buena distancia de por medio podría acabarse eso que tenía con Rebeca. Sin embargo, no fui capaz de irme sin discutir. Así que pocas semanas antes de mi partida, por algo que ahora no viene a cuento, discutimos. Discutimos fuerte y ya no nos vimos más.

Terminar con ella no significó para mí una de esas rupturas en las que uno anda triste y «enguayabao» No, de hecho, no necesité al amigo que me escuchara y me brindara los tragos para mitigar el duelo. Tampoco fue una fiesta de esas de «¡menos mal que ahora soy libre!». A decir verdad, la ruptura con Rebeca fue de «se terminó y ya». Solo se acabó y se acabó «chao pesca'ó». Sin pena ni gloria, como dicen. Pero me dejó fastidiado, con mal sabor. Peor aún, si pensando en aquel verso de la canción que dice «los amores que se tienen en la vida... son aromas que se quedan en el aire», mi relación con Rebeca lo que me dejó fue, más bien, un mal olor.

A pesar de todo, no quise quedar enemistado con ella. No me convenía. Ahora Rebeca era candidata a decana de la facultad y uno nunca sabe. En consecuencia, semanas después, cuando me instalé en Barquisimeto, la llamé para ponerme a la orden como si nada hubiera pasado. Ella me contestó en iguales términos y quedamos bien. Después de eso, no la vi ni hablé más con ella en cinco años.

El hecho es que murió Rebeca Santana y ya no está. No tengo a quién darle el pésame, nunca conocí de cerca a su marido. Además, parece que su muerte ocurrió hace meses y yo no me había enterado. Me siento un poco triste; no sé si por ella, o porque no siento nada. O tal vez sí siento. Por allá en el fondo tengo un leve resentimiento. Su partida hace que reviva el mal sabor-olor de ese enredo que tuvimos. Tengo la sensación de que lo que viví con ella fue un error. Reviso y reviso para saber por qué me encuentro así. Creo que lo que me hace sentir tan mal es que me dejé humillar. No digo que fuera culpa de ella, justamente por eso me molesta tanto. Lo que me incomoda más es que me dejé. Como diría mi padre: «no me di mi puesto».

No soy joven, en mi vida he tenido más de una relación. En unas yo he abandonado y en otras me abandonaron; pero



siempre en términos de un respeto mínimo. Con ella definitivamente fue algo raro. Esto que tuve con Rebeca es de las pocas cosas de las que me arrepiento. Luego pienso que, de no ser por la profesora Santana, nunca hubiera ido a Brasil y se me pasa. Además, a estas alturas ¿de qué valen los arrepentimientos?

No sé bien, tal vez Rebeca se llevó algo de mí. Se lo llevó no ahora que murió, sino en la prolongación, el coletazo de aquello que teníamos. Pero eso es lo que siempre ocurre en las rupturas.

Bueno, no creo que exista otra vida después de la muerte, así que Rebeca no me escucha ni me escuchará. Se fue, se acabó todo para ella.

Nadie me explicó si fue larga su enfermedad, si sufrió o no, no tengo idea de cómo fueron sus últimos días. Solo me dijeron: «¿Sabes quién se murió? Tu amiga Rebeca Santana». Y yo no supe qué responder.



# Humberto

Cuando murió el tío Humberto, todos pensamos que por fin había descansado. Era el tío más querido y entrañable de la familia. Siempre tenía un cuento, un chiste o un regalo especial para cada uno de los seis hijos de su hermana a quienes quería como propios.

Quienes estuvimos cerca de él los últimos días, de forma consciente o no, pensábamos que lo mejor era que todo acabara pronto. Pero nadie lo decía en voz alta. Al parecer no se podía hacer nada. Nadie se atreve a ayudarlo a descansar y todo se alarga. Aquí es donde surge una de mis eternas dudas: si aliviamos con la muerte el sufrimiento de un animal que está desahuciado, ¿por qué rayos somos tan renuentes a ayudar a quien amamos profundamente?

El tío Humberto nació en Maracaibo, el 18 de enero de 1938. Fue un joven sensible y talentoso. También era familiar y solidario. Cuando mamá necesitó apoyo al migrar para Caracas, él la acompañó.

En Caracas estudió dibujo y pintura, y después cuando ya no era necesaria su presencia, o se cansó de la capital, volvió a Maracaibo. De regreso a su ciudad natal se empleó como asistente de una constructora para hacer dibujos arquitectónicos y de ingeniería.

En los años 50, aquellos del *boom* petrolero en Venezuela, viajó a La Guajira a realizar diseños para perforaciones de una compañía. En esos campamentos a cielo abierto, sin más techo que las estrellas y junto a un amigo ingeniero, descubrió que él no era como la mayoría. Lejos de la gente común, entendió y pudo experimentar lo que era sentirse a gusto y satisfecho con otro ser humano.

Sin embargo, el descubrimiento vino acompañado de temor. Experimentó la culpa. Una culpa terrible. Ahora no sabía qué hacer. Descubrirse tenía sus consecuencias. Una cosa es sentirse diferente y otra muy distinta es saberse diferente.

Pasó días de angustia y reflexión, así que fue a la iglesia y se confesó. El sacerdote le explicó que son pruebas que Dios nos pone para purificarnos. Debía orar para apartar de su mente los malos pensamientos. «La tentación se nos presenta a todos de diversas formas —le dijo— pero somos seres con capacidad de optar y decidir para no caer en ella. Tú pecaste y Dios te perdona. Ahora debes encausar tu vida y buscar la luz».

El tío Humberto siguió frecuentando al sacerdote tratando de encontrar el camino, hasta que este le surgió la idea de buscar refugio en la vida religiosa, era lo mejor para alguien «como él».

Bien podía hacerse cura en su tierra, pero Humberto era radical. En parte porque el asunto no era de vocación religiosa, en parte porque no parecía una solución a su medida, el sacerdocio común no terminaba de agradarle. Su decisión no podía ser una solución común y corriente. Él solo pensaba: «Grandes males exigen grandes soluciones».

Siguió buscando y llegó a una conclusión: lo que le correspondía era la vida monástica, aislada, sin posibilidad de contacto que le hiciera pecar. Orientó su exploración hacia estos caminos hasta que llegó a los monjes de clausura, de esos que viven rezando en silencio pidiendo a Dios por el mundo.

Entonces, Humberto hizo todas las diligencias necesarias, escribió cartas y esperó respuestas, y un día de 1964, después de cumplir sus 26 años, hizo una pequeña maletita, tomó un avión hacia Europa y se fue a la Cartuja de Miraflores en Burgos, España.

Su madre lloró porque pensó que no lo volvería a ver. ¡Se iba tan lejos!, a otro mundo. Todo parecía tan definitivo. Hermanos y familiares también lloraron la partida de Humberto, pero todos se sentían orgullosos. Era algo extraordinario. ¿Cuántas madres en la Maracaibo de entonces —y de ahora— podrían decir que tenían a un hijo en La Cartuja de Miraflores? Ella tendría que explicar, y cada vez lloraría un poco por su hijo monje, pero al final no era tan malo, estaba directamente en las manos de Dios.

Cuando Humberto llegó al monasterio, encontró que solo había un hermano de Nuestra América, era colombiano y cuando lo vio llegar, le dio tanta emoción que no pudo evitar unas lágrimas. Era un anciano de barbas blancas parecido a los otros silenciosos monjes, pero con una mirada más dulce.

Humberto se esforzó por formar parte de la comunidad de hermanos cartujos. Pero llegó el otoño. La celda donde dormía y pasaba la mayor parte del día para realizar sus oraciones, era extremadamente fría. El colchón de paja de su catre no parecía proporcionarle ningún abrigo. Cuando salían a la huerta a realizar las labores del campo, no había forma de que su cuerpo entrara en calor bajo aquel hábito de tela cruda. Las normas sobre la austeridad y los lujos que pueden darse los cartujos son estrictos. El joven suramericano, aunque era

apenas un aspirante, debía cumplirlas, esa era la única forma de saber si luego podría dar sus votos para pertenecer realmente a la congregación.

Cuando tomó la decisión de ir a aquel convento, por su mente pasaron miles de obstáculos, pero nunca se le ocurrió que uno de los más fuertes sería el clima. No lo vio venir. Él pertenecía al trópico, ¡a Maracaibo!

En diciembre se enfermó, tuvo fiebres muy altas y supo que no aguantaría aquello. Físicamente se estaba muriendo y no había podido conseguir la paz espiritual que buscaba. La vida en la Cartuja de Miraflores era una tortura. Una cosa era la idea que se había formado y la ilusión que tenía de vivir aislado en oración y otra lo que estaba viviendo. De manera que poco antes de terminar el invierno, Humberto recogió sus pocas pertenencias y dejó el monasterio.

Años después, en las reuniones familiares cuando le pedíamos que nos contara de sus experiencias en el monasterio, las sobrinas y los sobrinos escuchábamos esos relatos como si fueran cuentos de hadas medievales; porque España estaba muy lejos y los monjes silenciosos no podían ser de esta época. Queríamos saber cómo era aquello que sonaba a misterio, y él, como buen tío complaciente, nos relataba algunos detalles.

Esta orden hacía voto de silencio. Para comunicarse lo hacían por señas. Pedíamos ejemplos, entonces nos mostraba con gestos cómo le decía a un compañero que se moría de frío: pasaba su índice por el cuello y luego se abrazaba temblando. Cuando lo contaba, el tío Humberto se reía y contagiaba su humor a su joven público.

También contó que la mayor parte del tiempo lo pasaban en sus celdas en oración, incluso recibían su comida en estas austeras habitaciones. Solo los domingos se reunían para comer juntos en un gran salón. De esta reunión de comunidad

partía otra de las historias de la Cartuja. Una vez, en el desayuno comunitario, a un monje se le cayó y se le rompió una taza, y el hermano —bien por castigo, bien por dar ejemplo— tuvo que quedarse junto a la salida del comedor con la oreja de la taza en su mano, mientras los demás monjes salían del recinto. Nosotros no estábamos muy seguros de entender el suceso de la taza, pero construíamos en la mente nuestro propio relato. La escena pasaba por nuestra mente como una película: un enorme comedor con mesas y bancos de madera, un techo altísimo con sobrecogedoras ojivas góticas y un monje cartujo con una taza rota en la mano mientras una fila de hombres con hábitos con capuchones que cubrían sus cabezas iban pasando uno tras de otro delante de él.

Una vez que tío Humberto dejó el monasterio, necesitó unos días para recuperar su salud. Tuvo que quedarse un tiempo en Madrid. Por suerte, una familia maracucha muy amiga vivía en esa ciudad y lo acogió en su casa. Cuando ya estaba bueno y sano, trató de salir con una muchacha española, pero este noviazgo no duró mucho y él regresó a su tierra. Al sol, al lago, las palmeras, a la brisa agradable de las tardes.

En Maracaibo de nuevo, logró emplearse como asistente en una cátedra de dibujo arquitectónico de la universidad. Retomó sus pinceles y pasaba largos ratos junto a su caballete. Le gustaba pintar al óleo. Cuando íbamos de vacaciones, a los sobrinos nos gustaba descubrir las nuevas obras del tío y nos encantaba cuando el aroma de las pinturas invadía la sala de la casa. Lo que mejor le quedaban eran las flores.

El tío en algún momento pensó que podría ser un artista famoso, pero la verdad es que Humberto, a pesar de que pintaba bonito, solo copiaba, no creaba. Pintó muchos cuadros que están aún en las paredes de todas las casas de la familia.

Ya cuando tenía treinta o cuarenta años, Humberto había logrado cierto equilibrio y consolidado un buen grupo de

amigas y amigos con quienes se reunía. A este grupo también pertenecía su hermano, el tío Francisco. Eran solteras y solteros que vivían alegres y al día. Había dejado atrás la culpa y el monasterio.

Todo iba bien, hasta que un día se enamoró. Se enamoró de verdad. Él se llamaba Genaro, era mucho más joven que Humberto, estudiaba Medicina y el tío lo admiraba por su inteligencia. Al principio, Humberto lo presentó al grupo y Genaro trató de integrarse, pero por alguna razón no encajaba. Algo no funcionaba y poco a poco Humberto y Genaro hicieron su grupo aparte. Se veían a diario y llegaron a viajar juntos como antes lo hacían los tíos con todo el grupo. En la época en que Genaro y Humberto viajaban, la familia no tenía idea, no eran capaces de imaginar, ni sospechar nada. Una relación como la de ellos, que fuera algo más que una amistad, simplemente no existía.

Humberto, aunque seguía yendo a la casa materna, dejó de quedarse a dormir allí. Se volvió un misterio para la familia todo lo que tenía que ver con lo que hacía y a dónde se dirigía en las noches.

Por allá a comienzos de los 80, cuando me gradué de bachiller, fui con una amiga a Maracaibo. Tío Humberto y Genaro se comportaron como excelentes guías turísticos. Nos llevaron a todas partes; a la laguna de Sinamaica, al zoológico, a la plaza Urdaneta, al Paseo Ciencias. Después de esas vacaciones, antes de regresar a Caracas, le dejé una carta en la biblioteca de su cuarto. En el papel le agradecía todo lo que había hecho por nosotras y le comentaba que sabía que él tenía un alma sensible y que sentía que algún día crearía algo maravilloso. Y es que tío Humberto leía poesía, le gustaba el cine, el arte, la música. Eso también lo hacía diferente del resto su familia, incluso de mi mamá y la tía Úrsula. En la familia Boscán lo práctico e inmediato era la norma.



La relación con Genaro llegó a su fin, por referencias posteriores se supo que no fue en buenos términos, pero todo era tan secreto... Lo cierto es que Humberto sufrió en silencio la ruptura. Volvió a vivir con sus hermanos, nadie preguntó y él tampoco dijo nada.

Pasó el tiempo y llegó un nuevo amigo. Venía de Colombia y era un cocinero extraordinario. Mis otros tíos solteros compraron un apartamento, y el tío Humberto se quedó a vivir en la antigua casa familiar con su amigo chef.

Eran los 90 y los derechos de los homosexuales estaban sobre el tapete. Ya no era tan sencillo dejar de ver en qué consistía la diferencia entre Humberto y sus otros hermanos. Nosotros, las sobrinas y los sobrinos lo sabíamos. Sin embargo, para la generación de los mayores, es decir, mamá, papá, los otros tíos..., para ellos era preferible no entender, no querían saberlo o simplemente no era admisible en sus mentes.

La vida seguía su curso, todo iba bien hasta que un día, tío Humberto comenzó a perder facultades, no podía hablar con coherencia y sus manos no sostenían los objetos. Fue al médico y este dijo que, al parecer, había sufrido un accidente cerebro vascular. El doctor le recomendó unas terapias. Pero en lugar de mejorar, empeoraba. Cada vez estaba peor. Dejó de caminar y se iba deteriorando rápidamente. No daban con el diagnóstico correcto y, por tanto, las medicinas no tenían ningún efecto.

Cuando finalmente supieron que tenía VIH, era tarde. Había generado una reacción autoinmune por causa del virus. En su caso, las células del sistema inmune habían atacado las células del cerebro. Es posible que, por prejuicios, por no imaginar o no querer ver su homosexualidad, el diagnóstico y el tratamiento no fueran los indicados. Tal vez al comienzo se hubiera podido hacer algo. No lo sabemos.

Hay finales rápidos, esos que nos golpean fuerte por la sorpresa, como el infarto de papá. En esos casos decimos para

consolarnos: «Bueno, al menos no sufrió». Otras muertes son un poco más lentas y nos permiten prepararnos para la despedida. Como el cáncer de mamá. Ahí sentimos que hicimos todo lo posible y eso también nos da consuelo. Pero en el caso del tío Humberto, sus últimos días fueron prolongados y terribles. No fue justo, alguien debió ayudarlo a bien morir.

Segunda parte  
Delitos cotidianos



Ningún delito es dictado por motivos racionales.

ESCIPIÓN EL AFRICANO (236-183 A. C.)



## A que los chinos

Por alguna razón que los venezolanos comunes y corrientes desconocemos, siempre, cerca del trabajo, la universidad o el banco, hay un restaurante chino donde venden las cervezas más frías y baratas de la zona. «Vamos a que los chinos. Los que están al lado de...» y todos saben cuál es el sitio de reunión.

Hay restaurantes chinos de todo tipo: desde los caros y lujosos, hasta los que frecuentan estudiantes o empleados mal pagados. En estos últimos, los baños anuncian posibilidad de infección y su aspecto nos pide que no toquemos absolutamente nada que no sea el propio cuerpo.

Ahora bien, todo restaurante chino que se respete tiene al menos uno de los siguientes elementos: pecera de aguas turbias, decoración en dorado y rojo, afiches de plástico y seguramente una imagen con truco luminoso donde una catarata cae sobre un río azul y blanco. Algunos tienen pantallas de televisión para los clientes a los que les gusta el deporte. Cuando no hay deporte, a veces ponen cantantes asiáticos que nos resultan curiosos.

Generalmente, las mesoneras o los mesoneros de estos restaurantes no fraternizan con los clientes. Son casi amables, sin inmiscuirse, y se mantienen ajenos a las discusiones políticas y las lloronas de los despechados.

Es viernes en la noche, estoy aquí: a que mis chinos correspondientes esperando al resto de los panas. En la pantalla del televisor se está jugando un partido de béisbol entre los Leones del Caracas y los Tigres de Aragua. A la derecha de mi mesa está un joven, viste camisa manga larga de tono oscuro y chaqueta gris de corte perfecto, me hace pensar que se trata de un profesional en ascenso: un abogado, un administrador. Conversa con un amigo. La sonrisa del joven abogado delata que disfruta de aquella compañía, sus gestos me dicen que le cuesta reconocer que su amigo le atrae.

Me gusta inventarle historias a la gente que me rodea mientras espero. Así no tengo que recordar la mía y enfrentarme al hecho de que siempre estoy esperando, que siempre llego primero, que mi sonrisa es igual a la del abogado cuando me acerco a Xiomara y nunca sé si seguir, esperar, o dejarlo todo.

Pasan unos minutos y... ¡Ey!, ya no están, ¿cuándo se levantaron? Seguro fue cuando el Caracas anotó carrera y me distraje. Ellos tampoco estaban atentos al juego.

Pensaba en Xiomara, es la segunda vez que lo intentamos, no estoy muy seguro de que funcione. Ella —un poco más sabia que yo— me había dicho: «Ninguna segunda parte es buena», y yo le digo que *La guerra de las galaxias* e *Indiana Jones* tuvieron unas segundas partes exitosas y taquilleras. A ella no le hace mucha gracia.

Pero este viernes nos dimos «un espacio». Por eso, esta vez, no espero a Xiomara. Espero a los muchachos. Tenemos tiempo sin vernos, creo que desde que cambié de trabajo o cuando se mudó Frank.



Nos decidimos por los chinos, porque todos estamos pe-  
lando, pero por más que sea, una cervecita no se le niega a  
nadie. Fui yo quien sugirió el reencuentro.

Los Tigres empataron. El estadio se viene abajo y los de  
la mesa de la esquina celebran como si hubieran atajado un  
jonrón. La verdad es que no sigo la temporada de béisbol...  
Me importa poco, ni siquiera tengo un equipo preferido. Para  
algunos compañeros de trabajo, ser hombre y no tener interés  
por el deporte es algo así como un delito o tal vez una abe-  
rración.

Acaba de llamar Frank. No viene. Su esposa lo llamó al  
trabajo porque uno de los niños tiene fiebre... Nadie debería  
enfermarse los viernes en la noche, y menos un niño.

Un grupo de jóvenes, casi adolescentes, acaba de entrar.  
Se sentaron demasiado cerca de mí. Son ruidosos y desor-  
denados. Sí, ya me estoy volviendo algo mayor. Comienza a  
molestarme el ruido. Imagino que antes ni me daba cuenta.

La joven asiática que me atiende ha dado más vueltas de  
las necesarias alrededor de mi mesa, según el código restau-  
ranchinístico, debería ordenar otra cerveza, pero quería espe-  
rar a los muchachos. Ese revoloteo, también me altera. Voy a  
pedir otra negra para no complicar las cosas.

Me traen mi tercio, está delicioso, como cerveza de restau-  
rante chino: superfría. A penas tomo un trago llama Andrés:  
«¡Coño, compa, qué vaina! Tengo el carro malo. Hice todo,  
pero nada... y así no me gusta salir, tú sabes cómo es...»; «Sí,  
claro, pana, tranquilo, yo sé cómo es» —aunque en realidad  
no sé cómo es, porque no tengo carro—. Y le contesto: «Sí,  
vale, no te preocupes, igual Frank tampoco pudo venir... ‘ta-  
mos hablando...». «Sí, chamo, saludos a Margarita... Hoy no  
era el día...». «Sí, vale, nos ponemos de acuerdo».

Y sigo aquí, en el restaurante chino, bebiendo una super-  
cerveza. Viendo un juego que no me interesa. Sin tener idea

de dónde o con quién está Xiomara. Solo. Ya sin ganas de tomar. Con una noche de viernes entera por delante.

«¿Desea otra?». «Sí, claro, traiga otra».

## La Reina de Corazones

La Reina se puso roja de furia y,  
tras dirigirle una mirada fulminante y feroz,  
empezó a gritar:

—¡Que le corten la cabeza!

¡Que le corten la cabeza!

LEWIS CARROLL

Eleazar me invitó a almorzar para contarme el último episodio con su nueva jefa, siempre lo hace cuando necesita que lo escuchen, lo bueno es que, si tengo hambre, como doble, porque el hombre se encadena y al final siempre dice: «La verdad es que, con tanto peo, ni hambre tengo ya... ¿no te provoca un poco...?».

Según Eleazar, la mujer comenzó suavemente, pero a medida que fue descubriendo la posibilidad de decidir sobre el futuro de otros, se fue transformando.

—Yo me alegré cuando le dieron el cargo, te lo juro. Al principio la apoyé porque pensé que era hora de poner orden en esa oficina. Incluso te confieso que me pareció justo cuando le hizo el expediente a Lucía y logró que la botaran. Me da pena decirlo ahora, pero contribuí un poco en el asunto. Tengo como ratón moral, ahora no sé si hice bien..., bueno.

Luego continuaba:

—No comprendo esa manía de creer que los gritos y las amenazas son la mejor forma de lograr que la gente trabaje... Te juro, no comprendo —repetía.

Y yo devoraba mi deliciosa canoa de mariscos, porque está de más decir que cuando Eleazar invita, invita de verdad.

Como se detuvo un segundo, pensé que podía aportar algo en la conversación y le digo:

—Sí, vale, yo una vez tuve un jefe que era exmilitar... —Pero el hombre no me dejó terminar. El drama era de él. Él pagaba el almuerzo y mi misión era escuchar. Aún no había llegado el momento de dar opiniones...

—Para hacerte el cuento corto —Me dice como si él de verdad quisiera recortar el tiempo de narración—, la historia tiene sus antecedentes, pero lo más fuerte fue la discusión de diciembre. Una estupidez sobre unas licencias navideñas. Ella vino y me dijo que iba a suspender las licencias porque el trabajo no estaba hecho y no podíamos comenzar el año con esa deuda. ¿TE IMAGINAS!?

—¡Pero eso es ilegal! ¿No? —me atreví a opinar.

—Déjame que te cuente, limeño —dijo sonriendo hacia el lado izquierdo, que es como sonrío cuando está molesto—. Ese fue el primer *round*. Ella me dijo, yo le dije y ¡pin-punpan!, coñazo, patada y kung fu. Lo último que recuerdo es que la tipa repetía como una lora o como esos chamos que se tapan los oídos para no escuchar: «Sí, Eleazar, tienes razón, sí claro, sí, sí, sí...», sin dejarme hablar, y yo levanté la voz y le dije: «Por supuesto que tengo razón, tengo toda la razón, y me fui a calmarme porque ya iba a explotar». Esa tarde le demostré con papeles e informes impresos que todo estaba listo, que no había razón para dejarnos allí a todos hasta el 31 de diciembre. La verdad es que creí que se había calmado, porque al día siguiente envió un memo asignando los turnos. El segundo *round* fue el 29 de diciembre a las seis de la tarde. Ya cuando me iba para la casa, me manda a decir con su asistente que, al día siguiente, o sea, el 30 de diciembre, tengo que asistir a una reunión de no sé qué, en representación de la

oficina. Yo le digo al señor Avispaíto —que es el ser más gris y anodino que te puedas imaginar— que yo no voy a esa reunión. Yo ya tenía mi pasaje comprado para Margarita. Le dije que lo sentía mucho, que por favor dejaran su vaina conmigo. El tipo se fue sin decir nada. Tercer *round*. Ya de camino a casa recibo en mi celular una llamada de Míster Gris. El tipo viene y me dice que la jefa pide que le mande por escrito las razones por las cuales yo no iba a la reunión que ella me había asignado. Samuel, te lo juro que allí ya mi mente se nubló y no oí más nada. Se me atravesó el apellido y reconozco que fui grosero y mal educado. No aguanté y le respondí: «Mire, señor, ¿sabe cómo es la cosa? Ya dejen su vaina, ya ustedes me habían dado la licencia navideña e hice mis planes, yo fui el único que se quedó el 24 para nada, porque no puedo decir que ni trabajando, haciendo una guardia como si fuéramos la sala de emergencia de un hospital. Si quieren les hago su carta con copia al ministro, al supervisor, a Personal y a Recursos Humanos, pero yo mañana no voy a la oficina, ni a Caracas y ya dejen su güevonada». Y apagué el teléfono.

Eleazar tomó medio vaso de su bebida, suspiró y continuó:

—Ya estamos a mitad de enero y la mujer vive amenazándonos con su voccecita chillona: «¡Ustedes no me creen, pero van a rodar cabezas! ¿O es que piensan que están atornillados en los cargos?».

Eleazar hablaba sin parar, su pescado a la *menier* se veía apetitoso y estaba casi sin probar. Me preocupaba el compañero, capaz y se enfermaba. Él solía ser un hombre calmado y tranquilo... Creo que ahora de verdad le preocupaba perder el puesto, tantos años en la Administración pública. Además, tenía un bebé pequeño, fruto de su segundo matrimonio.

Paró para respirar y por fin probó su pescado con un poco de puré. Para tantear el terreno y ver si ya podía hablar, solo pregunté:

—¿Así les dice? ¿Qué van a rodar cabezas? —Entonces sonreí y no pude menos que recordar a la famosa Alicia y su reina de corazones. Qué curioso. El reverendo Carrol se refería a esto. Hoy ciento cincuenta años después, en pleno siglo XXI, la caprichosa Reina de Corazones no es más que una jefa arbitraria y coño e' madre.

—¿De qué te ríes? ¡Es verdad! ¡Ah, pues, pregúntale a Beatriz! Esa es una que seguro no llega a junio... Su cabeza es una de las que rueda segurito... Y la verdad es que no sé por qué. La pana trabaja y ni le contesta, pero la agarró con ella...

Yo paré de comer y recordé a algún reyezuelo que tuve de jefe en alguna oportunidad.

Mi amigo dejó de hablar de nuevo, estaba triste y preocupado. Comenzó a tocar su ensalada. Ahora sí era mi turno.

—Eleazar, la verdad eso de esa señora no me sorprende. ¿Qué te puedo decir?, este tipo de burócrata es tan, pero tan, previsible... Bueno, con respecto a lo que pasó en diciembre reaccionaste como tenía que ser. Porque cuando las vainas se ponen así, no vale aquello de que no se debe caer en provocaciones. Está clarito que ahí no funciona eso de «mantener la cabeza fría». Tuve un jefe francés que no parece haberse enterado que hubo una Revolución en su patria. Me dejé joder la primera vez y ya al final solo me quedó renunciar, el tipo me agarró de sopita.

—Sí, recuerdo ese episodio tuyo, las famosas revistas francesas...

—Eso no va a cambiar, y tu Reina de Corazones no se va a quedar con esa. Para ella, peor que un trabajador flojo es un trabajador que piense por sí mismo. ¿Tienes posibilidades de pedir algún cambio?

—Sí, pana, lo he pensado y creo que eso es lo que me queda...

—Lo digo porque esa mujer te debe estar armando un expediente. Así son, actúan de forma traicionera.

Eleazar se calmó parece que lo que necesitaba era el empujoncito para pedir el traslado. Ya no habló más y se comió todo su almuerzo.

Días después me enteré de que no solo tuvo la suerte de que le dieran el traslado, sino que le asignaron su propia dirección, donde casualmente estaba comenzado otro amigo nuestro: Fernando.

Ayer me topé con Fernando en la librería y me invitó a unas cervecitas. Cuando le pregunté cómo estaba Eleazar me contestó:

—Mejor no me toques esa tecla. Yo no sé qué le pasó a ese tipo, desde que está de jefe... —Y movió la cabeza hacia los lados, apretó los labios, suspiró, tomó un trago —De verdad no quiero hablar de ese señor —Y enseguida me preguntó— ¿Por casualidad sabes bajar música por Internet? Yo no tengo paciencia...





## Ángela y la mosca

La mosca entró por la ventana del carro, comenzó a hacer de las suyas y emitir ese zumbido que hacen tan desagradable. Por alguna razón que no viene a cuento, casi todos odiamos a las moscas —digo casi, porque el poeta Machado ya le dedicó un poema, así que, además de él, seguro hay otro u otra que no las detesta.

Después de varios intentos de atravesar el cristal de las ventanas para retornar al espacio abierto, el insecto se detiene, se posa justo en el volante y como hacen todas, frota sus patas delanteras como conspirando... ¿Por qué esa manía de frotarse las manos?

La mosca de su cuenta y Ángela no llega... Subo el vidrio para encender el aire acondicionado del carro... No llega. Bajo el vidrio, se puede descargar la batería, la mosca decide acompañarme. La observo. Pasan carros, camiones, autos y autitos... Fui yo quien le dijo que nos viéramos en la bomba de La Encrucijada.

Ángela es joven y creativa, pequeñita. No es que yo sea un viejo, pero entre un año y otro «algo» he vivido. El caso es que Ángela es joven, no tanto por tener menos años que yo, o no solo por eso, sino porque además se ve muy joven... Lleva encima un divorcio y varias parejas, así que, bueno, también tiene su experiencia a cuesta... No estoy tratando con ninguna carajita.

Conocí a Ángela por mi esposa, de hecho, fue ella quien sugirió que fuéramos juntos a Caracas, ella no podía acompañarnos hoy.

Qué vaina que no llega... Ya la llamé... Está en una cola, la sentí molesta. Yo en su lugar quizás también lo estaría. Pero la voy a ver, nos vamos a ver y alguien debe permanecer en calma, esta vez seré yo... La mosca parece burlarse de mí.

Ahí viene. Llegó protestando, pero la calmo: «No te preocupes, hay tiempo, además, vamos juntos». —Trato de animarla y tantear el terreno en relación con sus emociones y perspectivas.

—No fue buena idea encontrarnos aquí, me costó muchísimo llegar —me dice.

—Ya estamos juntos y vamos a partir, así que no vale la pena quejarse —Me sonrío, me derrito. Ella se calma.

En esta ida a Caracas trataré de llevar la relación a otro punto...

Pasamos todo el día de un lado a otro. Dejamos el carro en un estacionamiento y comenzamos a hacer todo eso que uno tiene que hacer cuando aprovecha el viaje a la capital.

El Metro estaba como siempre: no cabía ni un suspiro. A pesar de haber nacido y crecido en esta ciudad, ya había perdido la costumbre del agite. Casi muero aplastado por la turba que me sacó del vagón. Curiosamente, la gente no estaba agresiva, bromeaban ante las circunstancias que les toca vivir. Yo parecía un «capocho». Ángela se movía como pez en el agua.

Ángela me hizo ver, con la sutileza que la caracteriza, que hoy mis deseos no serían satisfechos. No sería el día del encuentro, ya habrá tiempo.

Hace más de un mes de nuestra ida a Caracas y aún no pasamos de ir a almorzar. Nunca es el día apropiado. Ya le presté dinero, lo que significa más confianza. Hablamos mucho... —me gusta hablar con Ángela— pero es un gran signo de interrogación. No sé cómo hace para dejarme claro que no puedo avanzar, que «ya habrá tiempo, hoy no, no lo he planificado». A veces es cariñosa, me besa y me deja loco y con ganas... Otro día se mantiene distante... pareciera que está conmigo porque le caigo bien, pero no le gusto. ¿Por qué insisto? Con una llamada, un mensajito, ya me tiene en sus manos... pero nada... es astuta. Cada día aumenta más mi deseo y ella solo coquetea. ¿Estará consciente del poder que ejerce sobre mí? Seguro que sí.

Hoy Ángela me llamó y me dice que está tomándose unas cervezas con Milagros, mi esposa, que les gustaría que me acercara. Yo, de gafo, voy. Al llegar, ambas me sonríen nerviosas. Las saludo, les pregunto qué hacen por ahí... Esas cosas que uno dice cuando llega y se encuentra con alguien.

Ellas dan varios rodeos... me dicen que soy un tipo excepcional. No sé por qué de pronto recuerdo a la mosca del otro día dando vueltas y golpeándose contra el vidrio del carro... Se hace silencio, miramos los vasos, parece que no hay mucho qué decir o qué inventar. Ángela toma la iniciativa: «Mira te llamamos para decirte algo, es mejor que seamos nosotras las que te lo digamos... (pausa) Bueno, mejor nosotras a que te enteres por otro lado» —Ellas siempre tan delicadas... —Una pausa más y entonces lanza la sentencia—: «En dos platos, Santiago, Milagros se va de la casa, se viene a vivir conmigo»... Yo solo parpadeo, levanto las cejas. No puedo hablar.

No hay nada qué decir. ¿Qué les puedes decir a dos mujeres que deciden vivir juntas y una es tu esposa?

Me levanto para irme. Milagros intenta ponerse de pie o decir algo, pero Ángela la detiene. Le dice que me deje solo.

De camino a casa desfilan delante de mí un montón de detalles que dejé pasar o no quise ver. ¿Cómo pude ser tan torpe? ¿Cuántas veces no me di contra los vidrios buscando salida? La mosca no conspiraba, solo tratada de advertirme, frotaba sus manos de puro nervio y yo no la entendí.

## Las cosas no andan bien (Carta de Iris a Susana – 1)

de: Iris <Iris61@ucv.edu>  
para: Susana.he@yandex.com  
fecha: 19 may 1998 9:25  
asunto: Estoy enrollada, pa' variar

Querida Susana:

No, las cosas no andan mejor. Parece que en lugar de arreglarlas lo que hago es complicarlas más. Desearía que fuera él quien diera el paso y se fuera. Yo no soy capaz. Es una situación enfermiza, ambos estamos en el: «Ojalá te vayas, pero quiero que te quedes».

Estoy tan enrollada, tan angustiada... no veo una salida clara... Vivimos en una pelea, en una discusión constante.

¿Sabes? Algunas veces pienso en la muerte. Parece lo más sencillo, una solución a este enredo. Pero cuando pienso en ella, no pienso en que yo misma me la cause, no creo que sea capaz de eso, no. Solo deseo morir en paz. Sería como la oportunidad de borrar todos los errores que he cometido. Algo no anda bien en mí y no sé cómo salir de esto.

La muerte sería la inconsciencia absoluta, la huida total. Al fin y al cabo, lo que he hecho hasta este momento es huir y aumentar errores uno encima del otro.

Por suerte, a diferencia de otras veces en que he tenido algún problema, no me resulta difícil conciliar el sueño, al contrario, cada vez duermo más. Imagino que también debe ser una especie de evasión. Mientras duermo, todo está bien. El asunto es que cuando abro los ojos en las mañanas, me doy cuenta de que aún estoy viva. Me parece injusto. En verdad no es justo que si deseo morir esto no ocurra, cuando hay tantas personas que mueren sin desearlo. ¿Alguna vez has sentido eso?

Cuando voy de regreso a casa y manejo a toda velocidad por la autopista, pienso que sería tan sencillo... Solo un viraje del volante a 120 kilómetros por hora... Pero tengo miedo de quedar viva. Viva y herida. Como esas mujeres de las películas que escuchan todo, pero no se pueden comunicar porque están cuadraplégicas. No, en todo caso quiero una muerte total y sin dudas, una muerte no dolorosa.

He escuchado que en países fríos ocurren accidentes donde la gente muere tranquila dentro de sus carros. El asunto es que, en invierno, a estas personas se les ocurre calentar sus autos dentro de los garajes de su casa y se quedan dormidas. Entonces, el monóxido de carbono se encarga de todo. Pero nuestro clima y el vivir en apartamento no ayudan, no tengo garaje cerrado. Mi carro duerme en un amplio y soleado estacionamiento colectivo.

¿Sabes? Hoy se me viene a la mente aquella vez que fuimos a Chuao. ¿Recuerdas que me lancé de la piedra más alta en aquel pozo de río? Todos celebraban mi audacia y reían, pero cuando llegué arriba y vi hacia la corriente estuve a punto de devolverme. Luego pensé: «¿Qué puede pasar? Al fin y al cabo, sé nadar, y total, no le tengo miedo a la muerte». Fue un gran acto de inconsciencia, de imprudencia.

La muerte. La muerte me atrae como un gran hoyo negro. Pero solo me asomo, no llego a acercarme demasiado. Es una relación extraña. La vida es difícil, me asusta más que la muerte. Siento las cosas con tanta intensidad... El dolor y la culpa me abruman. Me alegro de que la vida sea finita. Es demasiado fuerte el sentir como para que esto dure para siempre.

¿Sabes algo curioso? A la vez que deseo el fin de las cosas, deseo ser algo así como permanente. Por eso escribo. Desearía, que después de irme, pensarán en mí como alguien que llegó a perdurar en el tiempo. Dejar un legado. Sí, a eso creo que le llaman legado. Sé bien que no soy nada original, el deseo de inmortalidad es inherente al ser humano. Por eso escribo, por eso pinta, por eso el arte, por eso tenemos hijos. Todas esas cosas nos hacen inmortales y yo participo de ese sueño de inmortalidad. Qué locura, ¿verdad? El deseo de muerte para ser inmortal.

Te escribo a ti porque nunca me has juzgado. Sé que no siempre me has entendido, pero no me juzgas. No quiero que te preocupes. No tengo pensado cometer ninguna locura. Es solo que no sé cómo salir de este callejón.

Sí, quiero vivir. De hecho, me siento más viva que nunca, pero no consigo por dónde empezar. ¿Cuándo perdí el norte? ¿Cuándo entré en este laberinto? A veces pienso que tiene que ver con la muerte de papá. El que estuviera vivo ponía frenos a mis locuras. Era tan honesto, tan recto.

Lo siento, Mariela, te estoy usando de desahogo, pero si no eres tú, ¿a quién puedo hablar? Además, escribir hace que me dé cuenta de las tonterías que pienso y así, las desecho.

Sabes que te quiero y te extraño. Saludos a los niños.

Un abrazo.





## ¿Recuerdas a Karel Kosík? (Carta de Iris a Susana – 2)

de: Iris <Marta61@ucv.edu>  
para: Susana.he@yandex.com  
fecha: 29 mar 2021 11:50  
asunto: Qué fastidio contigo

Ayer estaba acomodando los libros y seleccionando los que voy a donar. Ya no caben más en casa. Estando en eso, me topé con el viejo libro de Karel Kosík. Ese que jamás entendí, el que nos mandaban a leer en Filosofía de la Educación. Lo iba a poner entre los libros para regalar porque jamás me gustaron las explicaciones filosóficas enredadas. Me molestan esas lecturas intelectuales para eruditos que te pueden decir lo mismo de forma que todo el mundo entienda. Ese es un libro que se burla de mí.

Bueno, mujer, te cuento que antes de ponerlo en la caja, lo revisé y dentro del libro había varios pedazos de nuestra vida anterior: un poema de Benedetti escrito a mano, un recorte de prensa, una fotografía y una carta.

El poema de Benedetti es uno que en aquel momento me parecía maravilloso, y hoy, al releerlo, no me resulta de los mejores, así que paso.

El recorte de prensa habla del Chile de Pinochet. Es un texto «neutro», una información general, sin detalles ni implicaciones, como si se tratara de un señor que sacó a pasear a su perrito esta mañana. Como si fuera posible ser imparcial ante cualquier hecho que involucrara a Pinochet y sus horrores. En todo caso, no sé por qué lo guardé. Lo releo y también lo dejo a un lado.

Donde sí me detuve fue en la foto. Estamos tú, Esteban y yo. Posamos junto al pizarrón de un aula de la Escuela de Educación —sé que es allí porque no hay ventanas—. Tú tienes la mano levantada, haciendo una «V» con tus dedos. Esteban tiene su brazo derecho sobre mi hombro y alza su puño izquierdo —como era de esperarse—. Estamos sonrientes, parecemos felices —Menos mal que desde la foto no veíamos el recorte de prensa, si no hubiera sido un gran cinismo—. ¿Qué estaríamos celebrando? No puedo recordar. Si el año de la foto coincide con el año del recorte del periódico debe ser 1985.

No sé si tú lo has hecho alguna vez, pero el impulso que tuve fue el de acariciar la imagen, o más bien las sonrisas de la imagen. Me sentí triste.

La carta que acompaña el paquete de pasado era de Esteban. Una hermosa nota de amor, aderezada de «vientos del pueblo». Ya sabes cómo era él. Cuando terminé de leerla ya estaba enferma, intoxicada de recuerdos.

Para poder recuperar mi salud traté de llamarte, pero ni modo. Nunca te encuentro cuando te necesito. La famosa frasecita «... deje su mensaje al finalizar el tono» me dio rabia. Casi le grito a tu aparato: «¡Qué tono, ni qué tono! ¡Mira, carajita, atiende el teléfono!», pero decidí no molestarte, mejor escribirte.

Es que me dio una cosa rara. Tengo algo atascado en la garganta. Estoy sola en casa y no tengo con quién revolver detalles para reír, llorar o simplemente suspirar. En aquella época, el grupo de la Facultad era el centro del mundo, ¿verdad?

Me acuerdo de que renegábamos de nuestras familias como «aparatos ideológicos del Estado» y yo vivía peleando con papá. Nuestra «célula fundamental de la sociedad» éramos los tres de la foto y Pablo. Imagino que fue él quien la tomó. Sí, gafa, tu Pablo, ese vivía más con nosotros que con la gente de la Facultad de Ciencias. ¿Te acuerdas que decía que le gustaban más las mujeres de Educación? Era el único que tenía carro. Gracias a él... Iba a contarte un montón de cosas que se me vienen a la mente, pero ya las sabes. No es lo mismo cuando uno las conversa y se ríe y dice «¿te acuerdas cuando...?» Y yo sé que te acuerdas y disfruto cuando completas los detalles y hasta de pronto surge uno que parecía olvidado y uno dice: «¡Verdad! ¡Es verdad! Esa vez Cecilia estaba empatada con... y entonces...».

Coño, Susana, ¿por qué te fuiste de Caracas? ¿Por qué no me atiendes el teléfono? ¿Ahora cómo hago con los cuentos de la Escuela de Educación y de la universidad y de Esteban, de Pablo y del deseo de cambiar el mundo y todas esas vainas que decíamos y hacíamos?

Lo único que se me ocurre para quitarme la fiebre, es encender la televisión y buscar una serie gringa, de esas que ellos saben hacer bien. Tal vez escoja una de muertos, asesinos en serie y policías «superhonestos», que no usan la violencia para nada y son delicados y preocupados por sus víctimas.

Dejaré que la tele se apodere de mí, me esforzaré por saber cómo atraparán al malo o descubrir quién mató a la muchacha. Veré si fue su pareja o el conserje del edificio. Concentrarme en el crimen hará que este virus de nostalgia se vaya poco a poco, que se reestablezca el equilibrio. Así, sin más,

llegará la hora de cenar y finalmente la hora de dormir. De esta manera el recorte de prensa, la foto, la «V» de victoria, Esteban y Benedetti podrán irse tranquilos y dejarme en paz.

No me llames cuando leas el *e-mail*, no quiero recordar por teléfono. Cuando vengas a Caracas o yo vaya a Barquisimeto, te llevo la foto y hablamos. Vamos a emborracharnos con lo que consigamos por ahí y vamos a reírnos juntas. Pero de lejos no. Ya sabes, no es lo mismo.

Un gran abrazo, hermana. Cuídate.

## El patio de los tíos

Cuando me preguntan de dónde soy, siempre digo de Maracaibo, y la respuesta invariable de mi interlocutor es: «¡Pero no tienes acento!». Yo sonrío y, si creo que quien pregunta realmente puede tener algún interés en mi respuesta, explico que, aunque jamás viví en Maracaibo, soy maracucha.

El caso es que toda mi familia es de Maracaibo. Papá y mamá se fueron a vivir a Caracas recién casados, a mediados del siglo pasado. Sin embargo, siempre mantuvieron sus raíces en su ciudad natal. Mis dos hermanas y yo nacimos allá y toda nuestra cultura musical, culinaria y religiosa es zuliana. Además, los mejores días de mi niñez los viví durante mis vacaciones en esa ciudad y uno tiene derecho a decidir ser del lugar donde ha sido feliz.

Cuando éramos pequeñas, apenas finalizaba el año escolar, las niñas nos íbamos a la casa que había sido de mi abuela y que ahora era de mis tíos. Sí, claro, en Maracaibo. Papá debía seguir trabajando y mamá se quedaba con él en Caracas.

En esta casa había un patio grande que bordeaba el lado izquierdo de la misma y se extendía hasta la parte de atrás. Tenía no sé cuántas matas de mango, dos cocoteros, una mata de limón y una de uva de playa. Durante los meses de julio y agosto mis hermanas, mi primo Diego y yo éramos los dueños del patio. Ese patio era el lugar más maravilloso e increíble del mundo. Allí jugábamos Combate arrastrándonos por la tierra. Hacíamos enormes y deliciosas tortas de barro, éramos monos salvajes, grandes investigadores científicos o espías en misiones peligrosas.

El muro de atrás se comunicaba con el patio de otros vecinos, a veces nos atrevíamos a saltarlo y la aventura se prolongaba, allá estaban otras niñas y otros niños también dueños de sus patios. Yo imagino que los tíos sabían que nos íbamos a casa de los vecinos y, como eran amigos, no había problema. Lo importante era regresar a la hora del almuerzo. Desde que nos levantábamos, hasta más o menos las cuatro o cinco de la tarde, vivíamos de nuestra cuenta.

Durante el día quedábamos a cargo de Juana, la señora que ayudaba en los quehaceres de la casa. Juana, aparte de hacernos ricos almuerzos, se encargaba de tenernos «arreglados» en las tardes cuando llegaban los tíos. Juana nos mandaba a bañar y nos vestíamos con ropa limpia. Luego cenábamos muy temprano, veíamos televisión y en la noche... ¡a la hamaca! Esa era otra de las maravillas de ir a Maracaibo, dormir en hamaca. Dormir colgados en aquellas telas de lona era el otro episodio de la aventura. Nos mecíamos durísimo, no sé cómo no llegábamos al techo. Aquello era viajar en avión, un cohe-te... No había límites hasta que, por fin, caíamos rendidos.

Yo era una niña, es decir, pertenecía al sexo femenino, pero en vacaciones nadie me lo recordaba. Mi tía Úrsula y mis dos tíos Francisco y Humberto eran solteros. Eran algo especial. Ellos nos consentían y les gustaba tenernos en su hogar. Tía

Úrsula era hermosa e independiente, siembre salía de casa como si fuera a un desfile de modas, trabajaba como secretaria en una compañía petrolera norteamericana, tío Francisco trabajaba como asistente en un laboratorio y tío Humberto era dibujante en una constructora.

Una vez a la semana alguno de los tres nos llevaba a comer cepillado, allá en El Raspaíto, cerca de la iglesia de Las Mercedes y, al menos dos veces durante la temporada de vacaciones, íbamos todos juntos con otros familiares y amigos a la playa del tío Pancho, a orillas del Lago. Sí, del Lago de Maracaibo, cuando este todavía tenía aguas cristalinas.

Los cuidados de mi superprotectora mamá y la religiosidad de mi superreaccionario papá solo regresaban una vez que entraba el mes de septiembre y el autobús que nos devolvía a casa cruzaba el peaje de Tazón. En Caracas volvía a las cuatro paredes del apartamento y ese mundo se correspondía y complementaba con el colegio de monjas.

En la capital debía ser una niña diferente, una niña femenina. No era una transición traumática ni mucho menos, mi vida era simplemente así. De hecho, ni tenía conciencia de esta dualidad vacaciones-vida escolar.

Una vez, cuando tenía como catorce o quince años, en unos cajones de mamá, encontré una foto de esa época y me sentí extraña. Estábamos junto a mi primo Diego en el patio de la casa. Ambos llevábamos un pantalón corto como única prenda de vestir, teníamos el cabello alborotado, estábamos completamente sucios de mango y tierra. Nos encontrábamos apoyados en una de las matas de coco. Cuando vi esa foto, un pudor o una vergüenza me invadió y me dio pena que alguien pudiera ver aquello. Cometí el delito de romper la foto. ¡Yo estaba sin blusa!

Ahora, treinta años después, recuerdo la foto y me duele. En mi vida solo me he arrepentido de una o dos cosas, y entre

estas cosas está el haberme desecho de esa imagen. ¡Qué estupidez! ¿Cómo puede hacer uno para recuperar lo perdido? Por tonta me dejé arrebatar un hermoso recuerdo. Le echo la culpa de mi error al colegio de monjas y a mi estricta formación familiar. La «moral y las buenas costumbres» ganaron en esa oportunidad.

Menos mal que han pasado los años y con mucho trabajo he logrado deshacerme de ellas. Me refiero a las monjas, la moral y las buenas costumbres. ¡Por supuesto! Con esfuerzo y disciplina he podido rescatar instantes de la vida libre y feliz que aprendí en el patio de los tíos.



## Después de la concentración

Son las cuatro de la tarde. Estoy en la taguara donde acostumbro a ir cuando quiero estar solo. Desde mi mesa observo cuando entran dos mujeres y un joven. Se sientan en una mesa diagonal a la mía. Están tan centrados en ellos que no se dan cuenta de que los observo. Llevan franelas y gorras. Lo que me hace pensar que vienen de un acto político.

El muchacho dice entusiasmado:

—¡Na' guará! ¡Qué gentío...! ¡No perdemos ni de vaina!

—Ellas lo celebran con risas fuertes...

—Hoy cumplimos. Nos merecemos una cerveza —dice una de las mujeres.

—Yo sí lo creo —contesta él, y la otra reclama:

—¡Nojo...! ¡¿Una?!

Los tres se ríen, levantan su rostro y el mesonero se acerca:

—¿Van a comer algo?

—Por ahora no, tráiganos solo tres cervezas. Gracias. Gracias de la negrita, por favor —Y mira a las mujeres que asienten con la cabeza.

El trío habla fuerte, tal vez por la emoción de la actividad de donde vienen.

Al cabo de un rato la conversación se enseria y surge el tema de la salud del presidente. Aguzo mi oído, quiero saber qué piensan. Es el tema obligatorio en todas las conversaciones en todos los rincones del país. Al igual que para millones de personas. De todos modos, no puedo leer el libro que traje así que escucho...

—El presidente tiene que regresar bien. Estoy segura de que esta vez, como siempre, lo va a superar... No pudieron con él con el golpe, no pudieron con él en las urnas... No me van a decir ahora que... —dice una.

No puedo ver bien el rostro de quien habla desde mi mesa, pero por el tono, parece a punto de llorar.

—Yo no creo que regrese vivo —sentencia el muchacho.

—¡Tas loco! ¿Qué vamos a hacer? Se va a joder toda esta vaina. Sin él, ¿pa dónde vamos?

Él continúa:

—Yo creo que nuestro proceso no tiene retroceso, será más duro, será más difícil, pero el pueblo es quien ha llevado esto a donde está. El pueblo es quien ha salvado la situación todas las veces que hemos estado en crisis. ¿Por qué va a ser diferente ahora?

Y yo pienso: «Habló el político, el chico que va a las reuniones, el que escucha lo que dicen los dirigentes y lee lo que se escribe en los libros».

La otra mujer interrumpe y agrega:

—No quiero hablar de eso, no quiero pensar. Yo creo que aquí se puede armar algo serio si se va... —Y bruscamente cambia la conversación— Por cierto, quedamos en que íbamos a hacer un documento para llevárselo al candidato. La señora Matilde dijo que apenas gane la gobernación hay que estar ahí...

El trío sigue hablando, pero dejo de prestarles atención. Así que trato de retomar la lectura de la novela que traje. Sé que han seguido tomando, porque el mesonero va y viene.

En un momento vuelvo a levantar la mirada y observo que el joven está solo con una de las mujeres. Ahora hablan muy bajito. Debajo la mesa la pierna del muchacho busca la de ella. De pronto, reaparece la otra. Tal vez estaba en el baño. Instintivamente, el muchacho echa para atrás su rostro. Pero su pierna no se mueve sino para juntarse más a la de la mujer. Las piernas mantienen un diálogo totalmente distinto al que se lleva en la parte superior donde se encuentran las manos y los rostros.

La pareja de las piernas enredadas tiene una relación cercana con la otra mujer, tal vez hasta sea familia de alguno de ellos. Pero es seguro que desean estar sin compañía. Me dan ganas de llevarme a la mujer que sobra: «¡Déjalos solos!, ¡déjalos solos!», le grito mentalmente.

Ante la escena, pienso que en un país, cuando hay una guerra o momentos de angustia, los amantes se desean más. Necesitan saber que cuentan el uno con el otro. Necesitan eso: amarse. «Pase lo que pase, estaré aquí», imagino que se dicen. En ese momento nadie se preocupa por sonar cursi.

Por su experiencia, la mujer enseñará al joven gestos, detalles, lo guiará. Él la desea, porque ella representa todo por lo que lucha. Seguro que él, todo un pedagogo, le hablará de Marx y la conciencia de clase.

Mientras estoy pensando en todo eso, la mujer-amante parece reunir fuerzas para levantarse y separar su pierna de aquella a la que la enlaza como una gruesa soga. Le escucho decir que ahora es ella quien necesita receso. Bromean sobre los efectos de la cantidad de cerveza consumida.

Entonces, una vez que se levanta y da la vuelta la mujer, la otra, la que queda en la mesa, se acerca al joven, toma su

rostro con las manos y le da un beso en los labios. ¿Qué pasa con esta gente? ¿Qué tiene ese niño?!

Cuando regresa la ausente, piden la cuenta, murmuran algo y los tres se van juntos sin hacer ruido. Me quedo solo, sin espectáculo y lleno de dudas de toda clase.

## Ya no eres un muchacho

Un día te levantas y te das cuenta de que no eres joven. ¡No, vale, no eres! No es que no lo supieras, es que ese día amanece cansado. Por más que te sientas en la plenitud de tu capacidad intelectual ya pasaste los treinta y los cuarenta... Ahora lo que comes se convierte en barriga, colesterol o acidez.

Viste en la televisión que esa grasa, en los hombres, se acumula cerca del corazón y es un peligro. Si no te gustan los programas de salud, ni de animales, ¿para qué te quedaste viendo eso? Recuerdas que a los diecisiete eras flaco y largo, tu estómago permanecía plano, aunque entraras en la competencia de quién bebe más refresco o come más perros calientes.

Tu esposa te insiste en que tienes que hacerte tu chequeo, por aquello del porcentaje de mortalidad entre los hombres mayores de cuarenta años. Vas. Todo está bien, pero el urólogo te dijo que tienes que completar el chequeo, debes ir al internista o al cardiólogo: «Usted sabe, es conveniente que también se revise la tensión, por si acaso. Yo se la encontré un poco alta».

Das largas a la visita del cardiólogo porque piensas que ir al médico es pavoroso, pero el dolor de cabeza que te atacó hoy te hace reflexionar y decides que no está de más... Y sí, el cardiólogo te encontró la tensión alta. Ahora tendrás que tomar para siempre, todas las mañanas, hasta que te mueras, esa bendita pastilla. Pero no olvides traer los resultados del perfil 20: «Hay que ver cómo están los otros valores». Bueno, por suerte, o porque en realidad no estás tan viejo, tu colesterol, triglicéridos y demás hierbas están bien. Pero hay que rebajar un poco esos kilos de más: «Ya sabe, por la salud».

Te metes en un gimnasio. La mujer que está en la caminadora al otro extremo del salón se está fijando en ti. Tú la miras apenas de reojo. Es una mujer madura, una profesional. No está mal. Sin dejar de caminar ni de sujetarse de la manilla con la mano izquierda, alza su derecha y te hace una seña que indica que le quedan cinco minutos y estará lista. Te emocionas y evalúas la situación. Piensas rápidamente y decides que aplicarás la táctica del café o la cervecita. Nada de nada sin antes escuchar cómo habla, ya no estás para esas aventuras instantáneas.

Es curioso cómo antes, cuando eras joven, sentías que todo debía hacerse de inmediato. Un año para terminar de pagar tu primer carro, o terminar la carrera en la universidad era una eternidad. Ahora, cuando tu tiempo realmente se agota, un año no significa nada. Esperar un mes para acostarte con una mujer, si es que llega a ocurrir, es un lapso insignificante.

La mujer se acerca y tú disminuyes el ritmo del ejercicio, cuando casi se detiene cerca de tu caminadora y vas a decirle algo, ella sigue de largo. A pocos pasos de ti, le comenta a otro hombre que se ve que la espera desde hace un rato: «¡Qué bueno que llegaste temprano! Hoy no tenía ganas de esperar.».

Te sientes humillado y despreciado, no sabes si la mujer se dio cuenta de tu confusión, pero, aun así, te sientes terriblemente incómodo. No se lo contarás a nadie, eso sí es seguro.

Esas cosas que nos humillan o de las que sentimos vergüenza son más difíciles de confesar que los pecados.

Esa noche te despiertas en la madrugada. No puedes dormir. Revives de nuevo la vergüenza del gimnasio. ¡La cara de tonto que debes haber puesto! ¿Por qué las sandeces que te pasan o que haces las revives una y otra vez en la madrugada? ¿Por qué no se olvidan, se van, te dejan dormir en paz?

La mujer que duerme a tu lado se da cuenta de que estás despierto y te abraza sin abrir del todo sus párpados. Tú acaricias sus mejillas. Ella te besa y comienza a acariciarte debajo del *short*. Ella dirige los pasos del baile. Hacen el amor de una forma que, curiosamente, no recuerdas haber ejecutado en los veinte años que llevan juntos. Estás contento, seguro, en paz. Cuando ella se vuelve a dormir piensas: «¿De dónde habrá sacado este nuevo paso?». Pero ella está serena y tú satisfecho. Qué más da... y el sueño te vence...





## Déjate llevar por la música

Mi tío Humberto decía que mi papá, cuando bailaba, parecía que se había tragado un paraguas. Cuando era niño, el asunto me hacía mucha gracia, pero cuando me di cuenta, a eso de los catorce o quince años, que había heredado como mínimo uno de aquellos alambres que abren la sombrilla, la expresión ya no me resultaba graciosa. Era una burla directa a nuestros genes responsables de la formación de nuestra columna o cadera.

No saber bailar, no poder bailar, no coordinar el ritmo, es una desgracia para un adolescente nacido en el Caribe.

En la universidad procuré siempre las reuniones donde solo se bebía y cantábamos, pero de vez en cuando, sobre todo en diciembre, siempre aparecía una fiesta bailable por ahí. Una y otra vez me vi envuelto en la misma situación. Después de estar hablando con una chica algunos minutos, invariablemente me dice: «Vamos a bailar», y yo comienzo a sudar frío. Trato de ser gracioso explicándole la situación de mi paraguas genético y se sonríen, les parece divertido, pero insisten: «No puedes ser tan malo».

Soy débil y caigo. Si ya la chica me gusta y me ha dado confianza, acepto la invitación, pero siempre le advierto: «Que conste en acta que te dije que no sé bailar». La bondadosa y simpática chica suele animarme diciendo: «Tranquilo, yo te llevo». Lo dicen siempre con tanta seguridad que me hacen creer que esa noche ocurrirá el milagro: podré llevarle el paso a mi pareja y nadie notará mi presencia. No me importa que tradicionalmente sea el hombre el que guíe el baile, solo deseo hacer como el resto de mis amigos, pasar un rato abrazado a mi pareja de la noche, moviéndonos entre la multitud sin hacer el ridículo. Pero eso, jamás resulta.

Hoy ha sido diferente, vine a la fiesta con Viviana. Ella es bailarina y conoce mi «problema». No habrá sorpresas. No tengo que impresionarla, así que voy con buen pie. Me encanta la música, juro que puedo distinguir cada uno de los instrumentos que suenan en esa salsa, Rubén me inspira y me atrevo a decirle a Vivian que me enseñe a bailar. Ella sonríe y me agarra la mano. Todo marcha bien, ella me lanza y me da vueltas como si fuera un yo-yo. ¡Soy dueño del mundo!

Mi compañera me recoge y acercamos nuestros cuerpos. Entonces, cuando creo que soy el mejor, mi amiga me aprieta un poquito el hombro y dice: «No hace falta apresurarse, déjate llevar por la música...».

Sé que lo dice con cariño, sé que es para ayudarme, pero... sus palabras producen justamente el efecto opuesto y se me enredan aún más los pies, comienzo a sudar frío y lo único que deseo en el mundo es que se acabe la maldita canción. Porque «dejar me llevar por la música» era justamente lo que creí estar haciendo desde que me levanté de mi segura y comfortable silla de plástico.

## Fabula del Contador y el Jefe de Compras

—¡Miserables! —exclamé—. No disimuléis más tiempo; confieso el crimen. ¡Arrancad esas tablas; ¡ahí está, ahí está! ¡Es el latido de su espantoso corazón!

EDGAR ALAN POE  
*El corazón delator*

El Contador había muerto. Ahora su amigo, el Jefe de Compras, no sabía qué hacer. Debía ocultar los detalles, borrar los mensajes. Tenía que asegurarse de no dejar huellas. Robarse cada mes unos pocos centavos en cada transacción, había representado a lo largo de esos veinte años una buena cantidad de dinero.

Nadie se había dado cuenta. Ese era el truco. Si desviaban poco, no llamaban la atención. No habían sucumbido a la avaricia porque, como se repetían cuando se veían tentados a aumentar la suma: «la avaricia rompe el saco».

Eran buenos aliados y por eso todo había funcionado de maravilla. Pero ahora el contador había muerto y él se había quedado solo. ¿Se acabaría para siempre el ingreso extra al que se había acostumbrado?

Las pequeñas fugas de dinero habían comenzado dos años después de haber entrado en la empresa. Su esposa se había enfermado, el seguro no cubría todo lo que representaba la recuperación. Él estaba desesperado. Habló con Recursos

Humanos, pero ahí la «superamable» empleada le explicó que era imposible aquel adelanto de sus prestaciones sociales debido al poco tiempo que llevaba en la compañía. Al salir de aquella oficina, el Jefe de Compras estaba casi llorando y se topó con el Contador, un hombre formal vestido de traje y corbata. El Contador, sin mucho esfuerzo, se dio cuenta de que le ocurría algo a su compañero de trabajo. Fue amable, lo invitó a tomarse un café y el Jefe de Compras le contó todo.

—Mira, chico —dijo el Contador—, yo tengo una platica ahorrada. Te la puedo prestar mientras sales del apuro.

—Pero, ¿cómo te la voy a pagar? No tengo ni medio —respondió él.

—Tranquilo, ya veremos. Lo importante es que salgas de este atolladero.

El Jefe de Compras miró con asombro a su interlocutor, apenas lo conocía, pero se calmó. Recobró la fe en la humanidad. Además, no tenía alternativa. Solo pudo decir con los ojos a punto de una tormenta que nunca llegó a desatarse:

—Gracias, pana, no sé cómo agradecerte. Yo te los pago. Te lo prometo —El otro sonrió, lo invitó a terminar su café y se pusieron de acuerdo sobre cómo y a quién debía hacerse el pago.

El Jefe de Compras cumplió su palabra y apenas recibió dinero de unas vacaciones y un trabajo *freelance* que pudo conseguir, devolvió el dinero a su amable colega.

Por supuesto, este gesto del ejecutivo medio de la empresa, la compasión y solidaridad que manifestó durante la crisis familiar, hizo que se hicieran grandes amigos. El Jefe de Compras invitó al Contador a su casa y conoció a su familia, hasta le prometió que sería el padrino de su primer hijo. Se hicieron inseparables, se tomaban fotos y bebían al salir de la oficina y se contaban intimidades.

Ya no recordaban quién había tenido la idea de la doble facturación e imaginamos que tampoco importa para este relato.

Lo importante es que, de buenos amigos, de un día para otro, pasaron a ser cómplices.

Se habían vuelto tan hábiles, que se habían convertido en los imprescindibles de la empresa. Era lo que se llama en estos ambientes «personal de confianza». Cuando hubo aquella crisis económica, hasta la superamable de Recursos Humanos fue despedida, pero el Contador y el Jefe de Compras eran inamovibles. La compañía seguía a flote gracias a ellos. La empresa seguía adelante y ellos también. Y así, cada mes, sin falta, hacían su colecta especial y ¡adelante! ¡No hay que desmayar!

Nunca dudaron sobre la ética o moral del trabajo que hacían juntos. «Los dueños nos roban el doble o el triple. Solo tomamos lo que realmente nos corresponde», se dijeron la primera vez. Después de eso nunca más necesitaron justificar sus acciones. Solo hacían justicia laboral.

Pero ahora que su amigo lo había abandonado, ¿qué iba a hacer? ¿Dónde tenía el Contador sus facturas? ¿Se había asegurado de eliminarlas, desaparecerlas? ¿Cuál era su última contraseña para los archivos especiales? ¿Guardaría alguna correspondencia que pudiera incriminarlos?

Nunca pasó por la mente del Jefe de Compras que su aliado pudiera morir así, de repente, de improviso, sin avisar, sin dejar las cosas listas y arregladas. ¿Cómo iba a entrar a su oficina y hurgar su computadora sin levantar sospechas? ¿Y si el Contador había olvidado borrar el historial de navegación? Solo la correspondencia privada que mantenían era inusual por su frecuencia, sin duda tantos mensajes eran sospechosos. Luego, el Jefe de Compras trataba de calmarse. Nadie tendría interés en revisar la correspondencia de un muerto. Pero ¿y su chismosa secretaria? Esa mujer siempre estaba como al acecho y ahora tenía libre el acceso.

Entonces, el Jefe de Compras comenzó a cambiar después de la muerte de su amigo. De simpático y educado pasó a

ser un hombre huraño e irritable. Había perdido interés en su trabajo, por la familia. Quienes lo rodeaban pensaron que estaba enfermo. Parecía que se estaba secando, se estaba consumiendo. Así, sin más, una semana después del Contador, también murió el Jefe de Compras.

La empresa, a pesar del duro golpe recibido al perder en tan poco tiempo dos de sus mejores empleados, continuó. Se contrató a jóvenes expertos que sugirieron una modernización de los equipos y programas en el área administrativa. Las computadoras fueron sustituidas por unas más modernas y las antiguas fueron desconectadas, reformateadas y donadas a una institución educativa.

# Índice

PRIMERA PARTE: PERSONAJES	9
Maigualida	13
Héctor	19
Diego	23
Patricio	29
Lucía	35
Tarsicia	39
Rebeca	45
Humberto	51
SEGUNDA PARTE: DELITOS COTIDIANOS	59
A que los chinos	63
La Reina de Corazones	67
Ángela y la mosca	73
Las cosas no andan bien	77

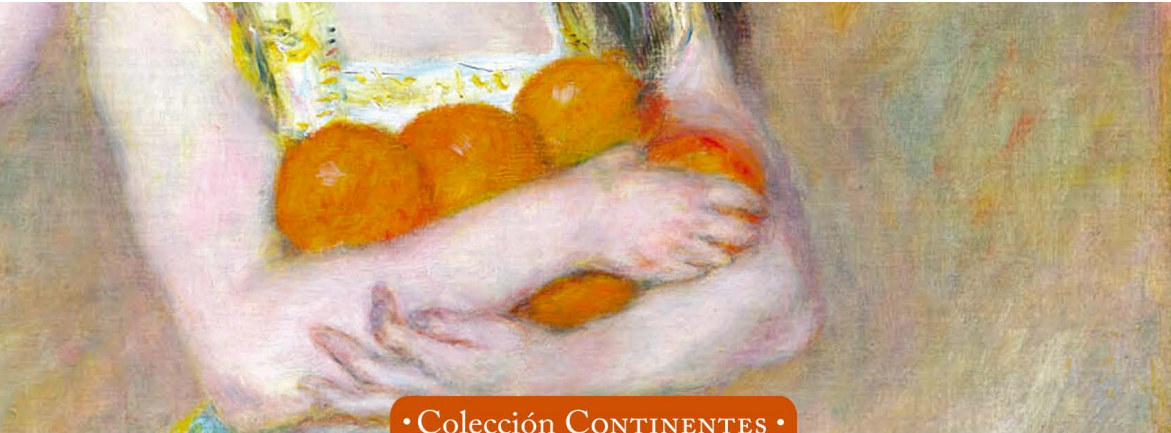
¿Recuerdas a Karel Kosík?	81
El patio de los tíos	85
Después de la concentración	89
Ya no eres un muchacho	93
Déjate llevar por la música	97
Fábula del Contador y el Jefe de Compras	99





*Algunos delitos mínimos*

Se imprimió en el mes de noviembre de 2022  
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura  
Guatire, Edo. Miranda, Venezuela  
Son 2.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

Algunos delitos mínimos reúne dieciocho relatos cimentados en una narración diáfana, precisa y contundente, que conforman una propuesta ficcional recreada en espacios cotidianos, donde los momentos epifánicos de los personajes nos enseñan una mirada crítica, consciente y reflexiva sobre el devenir de lo humano y su travesía por situaciones límites y definitivas en su experiencia vital. En este sentido, la sociedad que alberga a estos personajes es retratada con el pulso de la experticia en la práctica de la palabra y su enseñanza. Es una propuesta estética donde el lector advertirá el resultado de una larga trayectoria de escritura, que la autora ha conjugado en estas historias dinámicas, cargadas de jovialidad, humor, añoranzas y pericias del gentilicio de sus habitantes.

CAROLINA ÁLVAREZ AROCHA (Maracaibo, 1961). Escritora, editora, licenciada en Educación (UCV) y magíster en Literatura Iberoamericana y Lingüística Aplicada a la Enseñanza (Universidad de Georgia, EE. UU). Está residenciada en Cagua, Aragua, donde promueve la lectura y la escritura creativa dictando talleres y organizando grupos de lectura. Fue cofundadora y coordinadora general de los semanarios infantiles *El Correo del Orinoco en la Escuela* (2010-2015), y *Piruetas* (2015-2020, que ese último año recibió el Premio Nacional del Libro, mención Publicaciones Periódicas). Fue gerente editorial en Monte Ávila Editores y ha sido profesora de Lengua y Literatura durante más de 40 años. Ha publicado sus cuentos en revistas literarias y libros de texto venezolanos. Su libro *Las trinitarias* y *Barba Azul* recibió el Premio del Concurso Nacional para Autores Inéditos, mención Narrativa, edición 2010 de nuestra casa editora.



Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura

